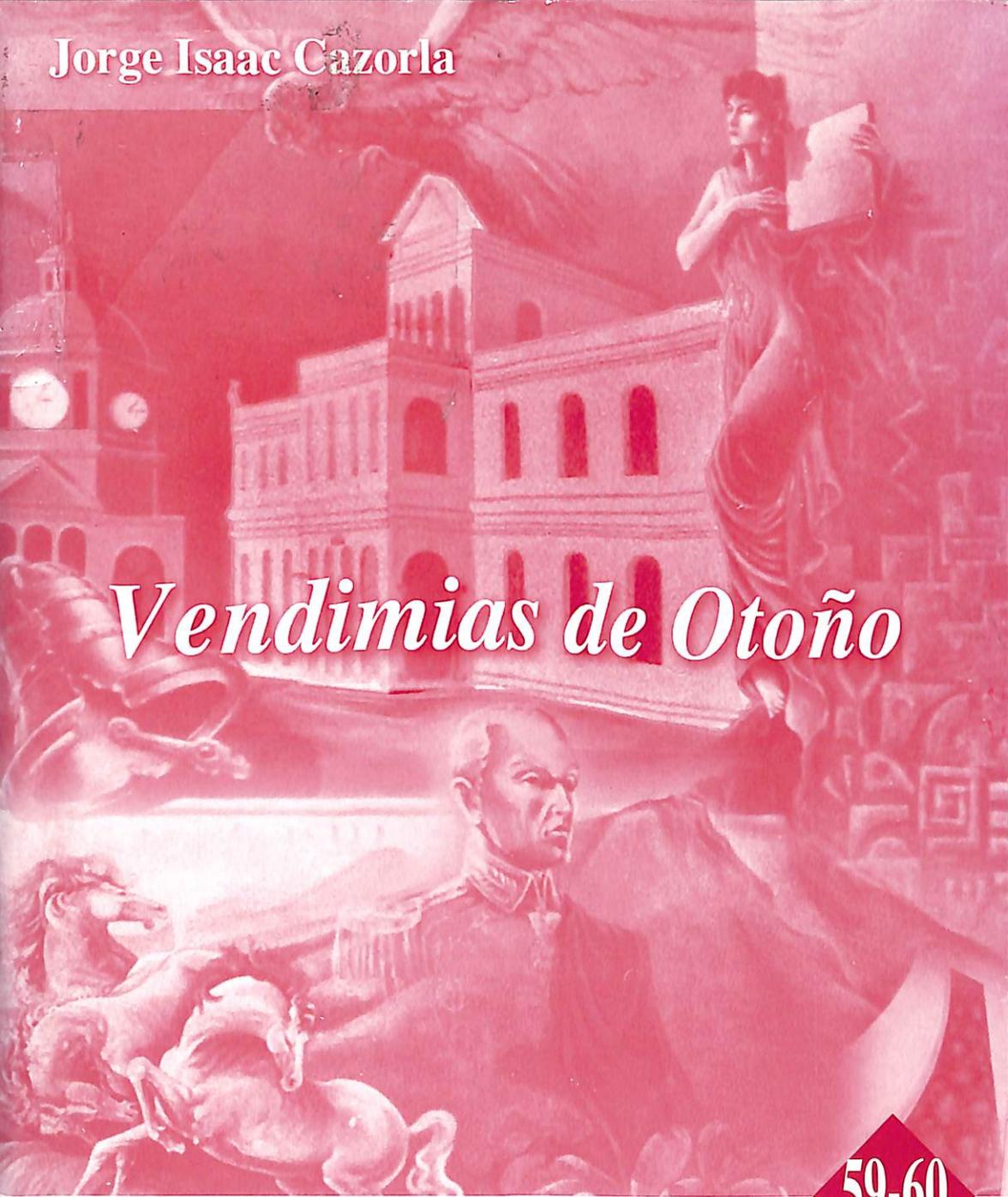


Jorge Isaac Cazorla



*Vendimias de Otoño*

*Colección* "TAHUANDO"

59-60  
2008

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "NÚCLEO DE IMBABURA"

Dr. Jorge Isaac Cazorla\*

# *Vendimias de Otoño*

\*Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua,  
Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua y  
Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia

*Colección* TAHUANDO N° 59-60  
Ibarra, 2008

# ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO	5
I SOL SIN OCASO	11
II EL ADIÓS DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA	29
III CUATRO CENTURIAS DE GLORIA	39
IV LO ETERNO FEMENINO	45
V ROMANZA PRIMAVERAL	53
VI LA AMISTAD ENGENDRA LA NOBLEZA DE LA PATRIA	67
VII LA ÉGLOGA DE YAVHÉ	83
VIII LA ARISTOCRACIA EN EL ARTE	91

# PRÓLOGO

La presente obra, *Vendimias de otoño*, es una colección de estudios de variada temática. Su título es expresivo del talante con que el autor ha ido tejiendo la trama textual de estas páginas. 'Vendimias' sugiere la tarea recolectora de quien ha roturado pacientemente durante toda una vida de trabajo el fértil surco del ensayo y la crítica literaria. Una existencia dedicada a indagar con las herramientas del análisis la urdimbre de las obras de arte verbal, ha dado al autor la soltura del oficio, con la aparente facilidad de quien simplemente cosecha. Esa facilidad es engañosa. Jorge Isaac Cazorla elabora cada uno de sus escritos con la misma prolijidad con que un cirujano lleva a cabo una operación decisiva. 'Otoño' hace pensar en una obra crepuscular: ¿tal vez el testamento del autor, su acta de jubilación en la tarea de iluminar los significados literarios? No lo creemos. Estamos convencidos de que, mientras aliente, Cazorla no cejará en la gran pasión de su vida: el estudio de la literatura. Sus libros son el fruto, ahora otoñal, de tan preclara dedicación.

En *Vendimias de otoño* podemos reconocer las preferencias intelectuales de Cazorla. Su amor a los clásicos está constatado en los artículos dedicados a rememorar las figuras de Héctor y Andrómaca. Hay otras etapas del clasicismo, esta vez el de las lenguas vernáculas como el castellano y portugués, que también están ampliamente ilustradas en los textos dedicados a Camoens.

Cazorla nos brinda páginas deslumbrantes tanto por los conceptos como por la galanura de la expresión misma. Son ensayos en

los que el autor vierte, asimilada, una erudición conseguida a expensas de sus múltiples lecturas, pero sobre todo con el toque propio de su reflexión, en un discurso personal, cincelado con vigor, sin desmayo, con un tono magistralmente sostenido a lo largo de toda la obra.

Cuando, quien escribe este prólogo, estudiaba en sus años de universidad la carrera de literatura, en aquella época en que el estructuralismo había monopolizado la teoría literaria, se nos insistía en que la crítica debía ejercerse con la asepsia de las herramientas del análisis formal, sin permitir que el estudio de la obra literaria fuese 'contaminado' por la conspicuidad del analista. ¡Qué cantidad de páginas anodinas, sin relieve, chatas, ha producido la aplicación ortodoxa de metodologías, escolares! La crítica que más vale la pena es aquella que, sin sujetarse a los corsés metodológicos, pero ciñéndose a la seriedad, el uso riguroso de fuentes de información y la exploración enconada de una obra desde todas sus dimensiones relevantes, da rienda suelta a la competencia intelectual del crítico. Igualmente, ocupa un lugar privilegiado en la historia del pensamiento literario aquella crítica que, siendo plenamente académica por su escrupulosidad, es además relevante por su capacidad de crear estilo. En esta última línea se inserta la obra de Cazorla.

Quisiéramos referirnos, a modo de ejemplificación, a dos de los estudios de *Vendimias de otoño*. En primer lugar, el titulado "Aristocracia en el arte". Aquí está cifrada la poética de Cazorla, su concepción artística, que es definitivamente clásica. Cuando adjetivamos de "clásicas" las preferencias estéticas de Cazorla, no queremos significar, de ninguna manera, que estas hayan quedado desfasadas por las modas de escuela o que el paso del tiempo las haya dejado periclitadas, como una especie de resabio decadente. Nos referimos a aquello que lo clásico tiene de imprescindible, de aporte permanente a la historia de las ideas y los gustos. Cazorla

opta, entonces, por un concepto aristocrático del arte, que no tiene que entenderse como un arte elitista, hermético y difícil, sino un arte que conserva las formas de la elegancia, un arte que no admita el menoscabo de la vulgaridad. Desde luego que, al entroncar con esta idea artística, Cazorla se aparta de la inclinación actual por lo sórdido. Se ha dicho en más de una ocasión que, para la teoría moderna del arte, la belleza es un delito artístico. Este es uno más de los síntomas de descomposición proporcionados por la sensibilidad post modernista, para la que ya no hay referentes ontológicos, y las ideas de verdad, belleza, unidad son constructos vacíos, residuos metafísicos de los que hay que despojarse sin ningún tipo de pudor. Frente a esta categoría de propuestas, Cazorla ni claudica ni teme parecer trasnochado: él defiende el clasicismo en lo que tiene de invitación artística al deleite de la hermosura, con exclusión de lo feo o lo obscuro. Algunos dirán que esto es pecar de moralista. No cae Cazorla en la ingenuidad de confundir ética y literatura. Dice nuestro autor: "Sin negar la tesis de que pueda hallarse belleza en un objeto moralmente malo, ya que verbigracia, un himno al suicidio, pésima obra moral, puede ser estéticamente laudable, se puede decir que lo sicalíptico desdice de la aristocracia artística". En definitiva, lo que Cazorla postula es que la obra literaria pase el examen de un elemental buen gusto que, si se lo pedimos al profesional de la medicina, la pedagogía, el periodismo o la física, no se ve por que no hay que exigírselo al literato.

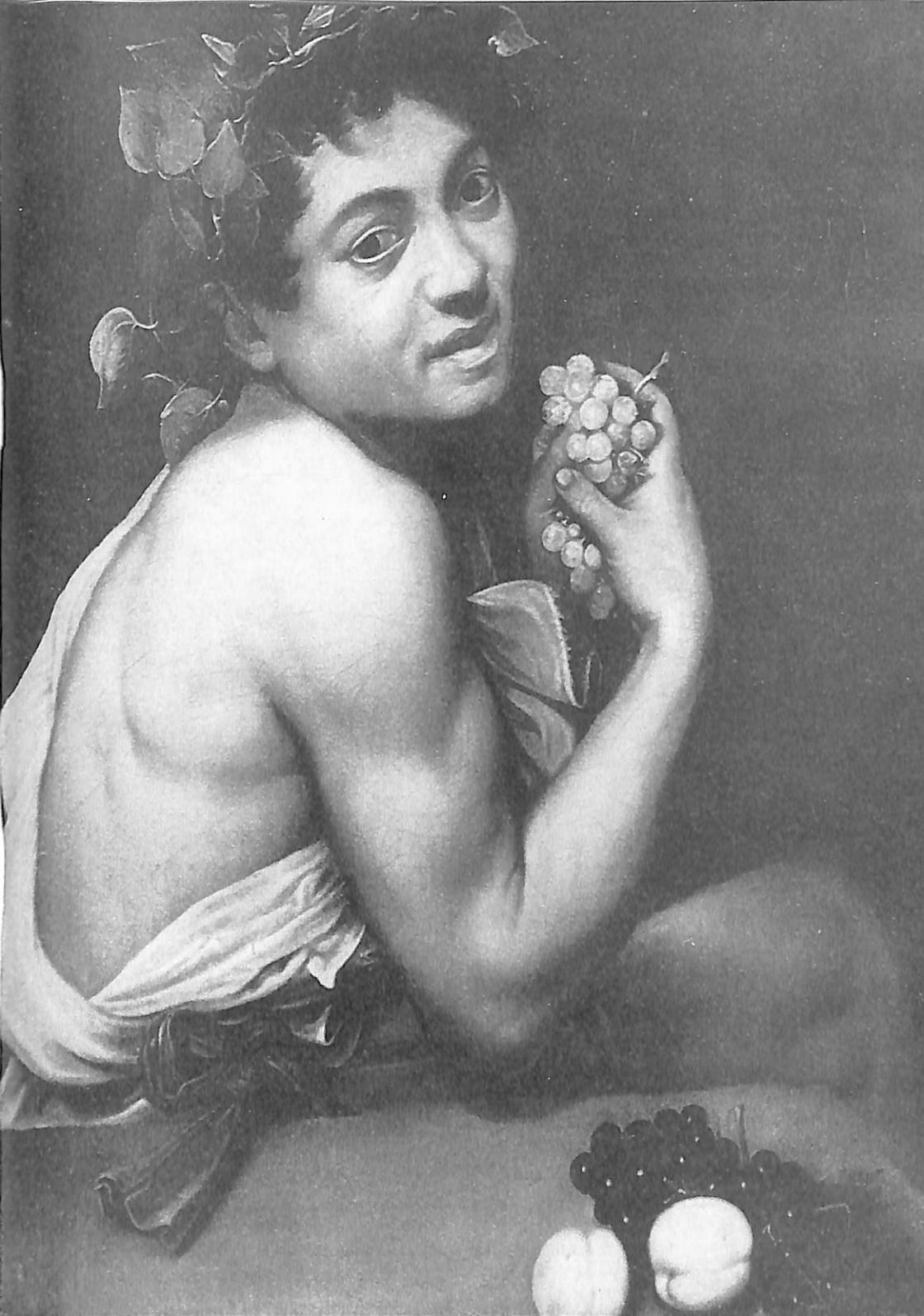
El otro texto al que deseamos referirnos, por su originalidad, y porque es el único que constituye en sí mismo una muestra de creación literaria, es el titulado "Romanza primaveral". Se trata de una auténtica pieza narrativa. Nadie que lea las páginas de este cuento puede dejar de sobrecogerse por la conmovedora representación de su protagonista. Nerto, que así se llama el héroe de este cuento singular, es un personaje vivaz, en el que

Cazorla logra plasmar de forma única la estampa vigorosa de un pillastre que, en la deriva de la orfandad familiar, se zambulle en una vital y despreocupada comunión con la vida. La figura de Nerto es la vez cómica y trágica, por el patetismo de la muerte final. El cuento de Nerto es una pieza magistral. Cazorla construye un lenguaje de magnífica factura, que se despliega con la fuerza de un martilleo furibundo, de imágenes resueltas, con una adjetivación rotunda, y resuelve el cuento con la pericia de un verdadero maestro.

*Vendimias de otoño* es una obra de plenitud y madurez intelectuales. Hay que añadir otra nota más: la de la honradez a carta cabal. Cazorla no es un estudioso de medias tintas. Donde pone la pluma, pone su alma. Y derrama toda la pasión de que es capaz en los temas que trata, que son así como los fantasmas de su límpido universo conceptual. En este punto, da fe del necesario compromiso que todo auténtico intelectual debe exhibir con su obra, sin ambages ni contemporizaciones con las preferencias del entorno o las inclinaciones del momento. A una obra así de sólida y coherente, solo cabe recibirla con profundo reconocimiento.

*Dr. Santiago Acosta Aide*  
PRO-RECTOR PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD CATÓLICA SEDE IBARRA







I

SOL SIN OCASO

Novela es el arte de crear un hombre,  
biografía es el arte de resucitarlo.

## P Ó R T I C O

Parentemente es fácil hacer la presentación, pero cuando el presentado es ya figura de la intelectualidad nacional, se torna difícil el cometido.

Jorge Isaac Cazorla es ya Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, integra la Casa de la Cultura Ecuatoriana y a diversas entidades nacionales y extranjeras. Tiene a su favor un gran número de libros sobre diversos aspectos, a los cuales ligeramente me referiré.

Cuando más me preocupó la responsabilidad de hacer esta presentación fue cuando topé con lo que aquel ilustre Académico de la Historia y de la Lengua, cuyo sillón inmerecidamente ocupo aquí, don José Rumazo González, pone en su prólogo de la importante obra de Jorge Isaac Cazorla, "Metanoia de Juan Montalvo".

Tiene estas expresiones para describir la personalidad del autor; "catedrático de reflexión y de fecunda experiencia, lector infatigable de autores clásicos y modernos, celoso investigador de la historia y literatura nacionales".

A las palabras de Rumazo González se unen las de Luis Cordero Crespo, también académico, quien expresa que "en Jorge Cazorla hay que admirar una redacción sobresaliente que afirma y consolida su pensamiento católico. Hombre de vasta ilustración - le califica- campea en su prosa dinámica el conocimiento de idiomas, desde el inmortal del Lacio, maestro de metódica disciplina de la mente, para la expresión cierta y campea igualmente el acervo intelectual de lecturas muy bien asimiladas, que permiten que se emplee un correcto recordar de pensamientos y frases..."

Por añadidura es Luis Moscoso Vega, académico, quien también elogia la obra de Cazorla, no con ditirambos sin sentido, sino con análisis

profundo del contenido superlativo de su producción.

Si estos tres ilustres grandes de las letras ecuatorianas han tenido tan magníficos y grandilocuentes juicios, quien ahora pretende emitir un juicio para presentar al personaje, se siente apocado.

Sin pretensiones de emulaciones me lanzo a hablar con la sinceridad del amigo, sobre razones que pesaron para llamarle a integrar la Academia Nacional de Historia.

Conocí a Jorge hacia 1966, por razones de trabajo común. Él laboraba en el Banco Ecuatoriano de la Vivienda, cuando, llamado por el Presidente Clemente Yeroivi Indaburo presidió el organismo estatal. Allí encontré al funcionario correcto, responsable y eficaz.

La primera obra que tuve en mis manos, por su gentil entrega, fue “Técnica de la Enseñanza”, que nos habla ya de un gran maestro experimentado que escribe sobre el tema, con la recomendación de la Facultad de la Universidad Católica del Ecuador.

Después comenzó el conocimiento intelectual.

Vino luego a mis manos, la “Metanoia de Juan Montalvo”, a la que he hecho referencia, que, siendo un admirable libro de Crítica Literaria, de especiales características. Es “la vida en lo que de Montalvo –para usar sus propias palabras- que fue efervescencia del espíritu y desenfadada carrera de inquietudes, que se devoraron como olas en tormenta eterna”.

Esta obra fue galardonada con el premio Nacional de Literatura “Eugenio Espejo”, concedido por la Alcaldía de San Francisco de Quito, el 6 de Diciembre de 1977.

En 1778 escribe un valioso ensayo sobre “Antonio Lebrija”, autor de la primera gramática castellana. El 11 de enero de 1982, con magnífico discurso sobre “El Alma Virgiliana de Remigio Crespo Toral”, ingresa a la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

En 1984 sale a luz su obra “José Joaquín Olmedo y su tiempo”, de valor histórico, a la vez de crítica literaria de gran relieve, que también conquista otro galardón, el “Premio Tobar”, del año, así mismo concedido por el Municipio de Quito a la mejor obra publicada sobre “Historia Nacional”.

Habría bastado estos libros sobre Montalvo y Olmedo para que Jorge Isaac Cazorla ingresara a la Academia Nacional de Historia.

Siendo ya Miembro de Número de la Academia de la Lengua, en 1990, aparece su libro “El Dolor en la Literatura Universal”, que igualmente merece el elogio de otro Académico de la Lengua; Luis Moscoso Vega, ya nombrado, lo califica como “libro prodigioso escrito con gramatical y castigado castellano; en estilo de los mejores del Siglo de Oro Español, llamado a constituirse en obra clásica para las generaciones presentes y futuras; repleto de humanidades, de pensamiento filosófico, de hondura espiritual y de poética dicción; libro que honra a la raza, al idioma y a la patria”.

No se detiene su pasión intelectual, y antes de terminar el siglo XX, publica, en 1977, su libro sobre la “Fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra”, con el auspicio de la Casa de la Cultura-Núcleo de Imbabura.

En febrero de 1999 publica una colección de hermosas poesías suyas, encerradas en el título “Canto, luego Existo”.

Si el primer libro es producto de su investigación y constancia en acudir a las fuentes de la historia, el segundo da cuenta de su magnífica capacidad de inspiración poética, versos dulces, delicados, de profundos sentimientos; estrofas clásicamente elaboradas, para competir en el parnaso con las mejores plumas.

Su poesía está además empapada de un profundo sentido cristiano, como prueba su “Plegaria”:

“Oh Señor, cuando mandes abandonaré este mundo!  
Hice versos –castillos de gloria- en un segundo.  
Gravé sobre la playa jugando entre arena...  
¡Señor, cuando Tú quieras abandonaré este mundo!

Mas, llevaré conmigo mi fardal de pecados,  
quedarán dispersos, los versos olvidados...  
Que la tierra sepulte, Señor, esos pecados,  
Pero que no se mueran las flores de mis versos.

Su poesía “Despedida” es una oración nocturna elevada a Dios, an-

tes de caer en el sueño diario:

“Buenas noches, mi Dios, hasta mañana.  
Voy a ensayar mi muerte una vez más.  
Pero Tú no te quedes en la playa,  
que a bordo de mi sueño  
conmigo va tu corazón marino.

Buenas noches, mi Dios, hasta mañana,  
por unas pocas horas  
me embarco hacia el alta nada y olvido.

No es que no ame tu vida y tu planeta,  
pero amo más tu muerte y tus estrellas vivas.

Bastan contadas estrofas para probar lo que asevero: es Jorge Isaac Cazorla un poeta completo que utiliza el superior estro del cual le ha dotado Dios.

El siglo XXI abre con la obtención de su título de “Doctor en Lengua y Literatura”, concedido por la Universidad Técnica Particular de Loja, con su tesis doctoral –publicada también- sobre la “Lírica y la Épica de Juan Bautista Aguirre”.

Mucho me queda por decir sobre la personalidad del nuevo Miembro Correspondiente: El Maestro de juventudes, el investigador, el hombre de estudio, el incansable lector, el constante trabajador intelectual...

Su discurso sobre nuestro historiador magistral, Mons. Federico González Suárez merece calificarle como merecedor de la Membresía de la Academia Nacional del Historia.

Adelante, Jorge Isaac Cazorla. Tiene Usted la palabra escrita.

*Lcdo. Francisco Salazar Alvarado*  
Embajador del Ecuador ante la Santa Sede.

Quito 2002.

# El criterio histórico de Mons. Federico González Suárez

(Discurso de incorporación a la Academia Nacional  
de Historia del Ecuador)

La grande merced, señores Académicos, que habéis otorgado a la escasez de mi ingenio, a la pobreza de mi fama, y a la oscuridad de mi nombre, al abrimme las puertas de vuestra docta Corporación, ilustrada por la gloria inmarcesible del fundador Illmo. Federico González Suárez, el más excelso varón que ha tenido la República, me obliga a que en este preclaro recinto pueda paladinamente rememorar su veneranda memoria, para que, como peroraba el Marqués de Valdegamas, cautivando vuestra atención en tan eximia mentalidad, la apartéis de mis deméritos y enclavándola en el personaje confirméis la grandeza y destinos del Ecuador.

\* \* \* \* \*

## I

Sus ojos soterrados de llagas y escamas en el rostro lívido por la podredumbre expresaban todas las tristezas fundidas por el dolor de la propia miseria, gritaban como Job: “apiádate de mí porque la mano del Señor me ha herido”. Y esa su mirada de fuga tenía la humedad de las lágrimas que nunca brotan; jamás balbuceaba la queja por el padecer, sino la compasión en sí misma por la lepra que le devoraba en la muerte del abandono. Lazarino de carne inmunda, Manuel González levantó las manos gafas, los metacarpos perlados de racimillos de vesículas, carne llagada por la lepra, diagnosticada como maldita por Moisés, de costras de horribles matices, y desde la grupa del jamelgo bendijo al niño Federico del Sacramento González Suárez; pues, el instinto de la huída le roía con el gorgojo de eterna enfermedad; cuando ya no pudo rechazar porque la elefancia le extrañaba de su esposa Mercedes Suárez y de su único hijo, entonces aceptó la desgracia justificada por el

mal. Tuvo miedo del vaho del desprecio a los inmundos; monolítico desprecio como grande era el amor de su alma para los suyos. El amor del que sufre es más virtuoso que el de los espíritus risueños.

De la espadaña del Sagrario, mientras el cielo llameaba y se encendía de oro y de sangre, la risa fresca de las campanas se regó por los tejados de Quito y se precipitaba retozando por las faldas del volcán, y subía a las alturas, cuando el alma del niño Federico se bautizaba el 13 de abril de 1844, un día después que abrió los ojos al dolor inmenso de su orfandad.

Su padre galopó largos días hacia el Norte, temblorosos y colgantes sus labios, y su voz silbo y el bramido rodó por la Sierra del Valle de la Plata de Colombia, donde encontrará, por fin, la tumba para su lepra leona, por el año de 1851. Dejó en la sangre de su hijo: la debilidad orgánica; en el corazón, la pena; y en el espíritu, la desolación en la miseria del hogar.

## II

Hay hombres como Federico que tienen el embrujo de despertar las benéficas emociones, los arrebatos del entusiasmo y la estupefacción ante la colosal personalidad, nimbada con los prodigios del genio, de la simpatía de las virtudes, del vivificante patriotismo, como con nobleza y ejemplaridad ostenta la estatua broncea de la plaza quiteña de San Francisco: de talante heroico de romano, con plegaduras del manto como clámide consular; el rostro inclinado con la austeridad del peso de la meditación, ancha y alta la frente que imprime la majestad del rostro, grandes y azulinos los ojos despidiendo miradas de la majestad del alma, y dentro de las claras pupilas palpitando el rescoldo del fuego presto a llamear en defensa de la límpida conciencia; su nariz curvada revela el cúmulo de generosa entrega, con labios apretados y dispuestos a la franqueza de la expresión en el restallido del verbo desde el aula, el Senado y la cátedra del Espíritu Santo; mientras el acero de su carácter se enhiesta en la dureza del mentón, y las mejillas sonrosadas por la existencia consagrada al estudio y la santidad sacerdotal.

### III

La crítica más difícil es la que solo permite prodigar el elogio; pues oculta el escollo al que tiende a estrellarse el ímpetu de la historia; en cambio conlleva el tributo justiciero universal, el despertar vivo y resurrecto de la gloria inmarcesible del personaje, que ejemplariza el vuelo del espíritu e impone la ascensión a las generaciones. Y a esto tiende este ensayo.

Luis Felipe Borja esculpía esta sentencia: “¡Cuántos hombres célebres hay en González Suárez!”. Y Marcos Jiménez de la Espada: “...es el más erudito y concienzudo de los sabios del Continente”. Nadie desconoce esa figura en América y en España, porque a las cualidades supremas de Príncipe de la Iglesia juntó las del estadista, al esplendor de las ciencias divinas acopió la humanas y el magisterio de la estética literaria. De su mente brotaron prístinas la Arqueología y la Historia del Ecuador rectificadas con la moral social, hasta constituirse en fuentes documentales de consulta, como las del sabio Arcaya en Venezuela, Oliveira en el Brasil, Paz Soldán en el Perú, Moreno en Bolivia y Toribio Medina en Chile, a cuyo rango se integra el Prelado Ecuatoriano por ser paleógrafo, investigador, docto catedrático, orador parlamentario, poeta místico, amartelado de la crítica literaria y, en la vida nacional, apóstol de la paz en las contiendas civiles y guerreras, las más recias y feroces de la naciente vida republicana; igualmente se erguía como paladín de la integridad territorial, siendo a la vez Obispo de Ibarra y Primado Arzobispal de Quito.

¡Cuán placentero es contemplar las gemas que exaltaron su dignidad sacerdotal y las que forjó su lucubración científica! Tanto la Patrología latina y la de los Padres Griegos, la exégesis bíblica, la ciencia de la Moral como la elocuencia sacra se ostentaron gloriosas en este extraordinario y singular varón de dolores. Su inquieta mirada interrogaba incansablemente la sociedad y escrutaba sus misterios; todo en ella denotaba extrema tensión dolorosa, la del enfermo crónico que para crear, para vivir la existencia espiritual, tiene que vencer, que triunfar en todo momento y de la manera más perfecta sobre las resistencias de pobreza infantil, de la orfandad paterna, del aislamiento enconado de

los Prelados que bramaron de ortodoxia. Empero, él era el señor y dueño de su capacidad, de la genialidad a quien habla el abismo de la gloria de Dios. Misterioso tormento, el morbo físico fue factor preponderante en su ascensión al Gólgota. Mas, todo ello le condujo al fuego de fulgurantes luces en que Cristo, el Verbo que de sí brota la verdad, se encarnó en el Prelado, como la suprema e irrefragable de las presencias que nunca le abandonó. Así, logró obedecer las leyes del Cristianismo sin perder el homenaje a la Patria. Por eso y con avidez se leyeron sus “Cartas Pastorales” dignas de rubricarse con el nombre de los Romanos Pontífices León XIII y Pío XI, con ellas se unimismó con los apologistas de la Fe: Fenelón, Wisseman, Cámara, Bardillaria y Lacordaire en Europa; con Gibbons en Norte América, Montesdeoca en México, Errázuriz en Chile...paladines en la defensa de la Cruz; lides en las que el Metropolitano de Quito sobresalía por su inteligencia superior que batía alas hacia las cumbres, por su sapiencia hebraica, gentílica y latina, y culminaba como campeón en las clásicas profundidades del Evangelio; por las dilatada esferas de la Apologética, por los floridos campos literarios; erudito, del que se hace lenguas el polígrafo universal Don Marcelino Menéndez y Pelayo cuando prologa “La Hermosura de la Naturaleza y Sentimiento Estético” compuesta por el Arzobispo, descubriendo la finura del artista al estudiar la época alejandrina en las Églogas del Marón, la épica latina en la traducción de la Eneida por el colombiano Miguel Antonio Caro y por el connacional N. Clemente Ponce, cuando con certeza enúclea los autores del Cuatrocientos, los románticos galos y los posteriores ingenios españoles; y esa su visión, no la del plumario del paganismo sino la del que siente la elación de Fray Luis el Leonés; Así, ninguno como él dominó la inviolabilidad de la gloria. Y después de haber puesto estupefacción en la admiración de las mentes preclaras de la época; y tan historiadoras como ilustradas, manteniendo prístino esplendor, aquella edad iconoclasta que escupió odio a cuanto rozaba con la Religión, tan solo rindió respeto a la figura señera de Federico González Suárez.

Raudo paso, por lo menos, necesitan los títulos de las obras que escribió: “La Iglesia Católica en América”, “La Memoria Sobre Mutis”, “El Manuscrito Sobre Caldas”, “La Historia de los Cañaris”, “Las Visitas al

Sacramento”, “Recuerdos de Viaje”; “Las Memorias Íntimas” constituyen producción ostentativa de pulcritud moral, donde flamea el temple de un corazón estoico, la entereza del cruzado, la sublime dignidad del sacerdote; en ellas paladinamente permanece, en la intimidad de la conciencia escrita, el eco de la voz de Dios... como cuando hablaba en las tiendas de los profetas: “No escribí cuanto podía haber escrito, y sobre innumerables sucesos extendía el velo de un discreto y caritativo silencio”. Y el que esta semblanza escribe testifica que en 1997 encontró en el Archivo de la Curia de Ibarra, el documental organizado por Mons. González Suárez, que contenía el movimiento bursátil de las Monjas Conceptas, religiosas de voto solemne de pobreza, convertidas por fuerza del agio, en prestamistas bajo avales hipotecarias y prendarias y hasta con la garantía de esclavos marcados con hierro; alcanzaron así a poseer extensas propiedades en el Norte de la Sierra Ecuatoriana. (Esta documentación se contiene en el libro de este autor: “El Monasterio de Monjas y la Creación de los Primeros Poemas y Música Polifónica en Ibarra”). Jamás fue mengua de la Religión las debilidades humanas de sus seguidores. Judas también traficó con la sangre del Redentor.

Nicolás Jiménez historia que González Suárez carente de “todo Grado académico universitario... ni siquiera el de Bachiller en Humanidades y Filosofía; nada, absolutamente nada”, se plantea el enigma: ¿De qué manera, entonces, con las enormes preocupaciones intelectuales y científicas, pastorales y permanentes enfermedades, pudo forjar tiempo para crear tantas ciencias y esa su enorme investigación y búsqueda de los personajes históricos: Eugenio de Santa Cruz y Espejo, Mutis, Mariana de Jesús, Caldas, Bolívar y Sucre, con los que exaltó la bizarra gloria de Quito, su cuna y sepulcro? ¿Y el dominio de ese su estilo ático, idóneo para la expresión de sublimes pensamientos, con la agilidad del cóndor sobre los picos plutónicos del Pichincha? Un erudito inexperto en el dominio de la síntesis nunca podría constituirse en crítico literario, como lo fue el Prelado dominador de selecta ilustración al par que dotado de profundidad en la comprensión de los temas sometidos a su examen; cualidades que soportaron los méritos de su Antropología y la competencia para juzgar las obras de los pioneros del siglo XIX, las del Cristianismo, y flamearlas sobre la faz de las doctrinas políticas de los grupos revolucionarios y jacobinos.

## IV

Empero, anduvo siempre solo con la tristeza en su aislada vida, con el gesto de pesimismo amargo, impreso en sus escritos y en correspondencia reservada. En la Sagrada Escritura y en la lectura de los Clásicos y selectos escritores encontraba solaz para el acíbar doloroso de su alma. Se mantuvo siempre solo; Crespo Toral dijo de él: "...su nombre comienza en él y acaba en él, su carta de nobleza así fue, y su árbol genealógico no tiene sino una sola rama". Criterios zahieren al Prelado por el recogimiento social que guardó para con sus coetáneos. El que ama la soledad y el recogimiento mete a Cristo en su corazón. En el desierto está el sepulcro del alma desde donde resucita cada día. Sé tuyo, dice Tomás de Kemp, y no cedas a nadie el poder de tu espíritu, sino solo a Dios. Ser señor de sí mismo es imperar en el mundo, y huir de él no es vencimiento sino conquista, es encontrar el paraíso en la soledad donde solo la paz es el oasis. El silencio y la soledad son los muros de la sabiduría. Carga abominable es la gente para el ánimo endiosado. La llama encerrada en la linterna protege y robustece la lumbre, pues fuera de ella lucha contra el viento y el viento la apaga fatalmente. El esmalte de la justicia es el silencio, el que lo hace en derredor puede erguirse contemplando las bellezas de Dios. González Suárez en la soledad encontró el tesoro del tiempo para su colosal producción.

## V

Más que los bronce y los mármoles, inmortaliza al Prelado el caudal asombroso de doctrina y el contenido perfecto de sus obras; por siempre su nombre verterá hacia sí las miradas agradecidas de las generaciones, que se pasman al notar que tanta sabiduría no brota de fe infusa, sino del generoso espíritu que sabe tomar todas las formas para combatir todas las equivocaciones y la tiranías del sectarismo, como aquella carta que flagela los sacrilegios cometidos por las tropas alfaristas en la Iglesia de Riobamba. Mientras viva el sentimiento de la dignidad humana, mientras flamee el ardor de la Fe sobre el embrutecimiento de la fuerza y de la sol-

dadesca, mientras las hermosas dotes estéticas hermoseen la lengua castellana, la memoria de aquella heroica filípica será joyel para los ecuatorianos que aman la historia y la libertad de su Patria.

La elocuencia sagrada tiene en sus gloriosas cimas al Prelado Quiteño, que bordea igualmente la gloria de Bossuet, Bourdaleau, Lacordaire, Monsambre, Felix, Ventura de Ráulica... Conmovía y persuadía sobre la inteligencia y el corazón del oyente; su presencia majestuosa, su voz robusta y modelada al sentido de la elocuencia, lenguaje rico en imágenes, acompañaban a las condiciones de cuanto exige el género oratorio del Siglo de Oro Eclesial. Venga la reseña de un ejemplo de narración histórica: El Ecuador celebraba el descubrimiento de los restos encontrados del Mariscal Antonio José de Sucre, en el Monasterio de las Carmelitas de Quito, para la oración fúnebre de las exequias se solicitó la palabra del Prelado, entonces de Ibarra, Mons. González Suárez. La ceremonia de honras de cuerpo presente fue ordenada y presidida por el Jefe Supremo Gral. Eloy Alfaro, en la Catedral de Quito; asistía toda la burocracia capitalina, el cuerpo diplomático y los estamentos militares. La muerte ignominiosa del Héroe, varón justo, inmaculado y genio de estrategia, prestó sustento al orador para imprimir un giro brusco a la perorata; oigamos al testigo y discípulo disidente del orador, al brillante periodista liberal Manuel J. Calle: “no fue –reseña– una melopea arrulladora sino elevada lección de patriotismo, una condenación al partidismo político, que confunde la noción del deber con los estímulos de la ambición, no se detiene ante el crimen que perpetra por frío egoísmo y razón de conveniencia, sin escrúpulos de remordimiento. Poco habló de Sucre, su discurso tuvo la oportunidad de la enseñanza. El orador continuaba hablando. El discurso era largo y ameno. De pronto cosa nueva entre nosotros estalló en el templo un gran aplauso, como en un teatro. Irresistiblemente extraño a toda idea, a todo sentimiento del lugar sagrado, palmoteaban señoras y caballeros, perdida la noción de las convenciones oficiales, muchos concurrentes se ponían de pie, y emocionándose los mismos Plenipotenciarios extranjeros, los más de los cuales nada tenían que ver con Sucre y eran ajenos a las turbulencias de estas infantiles democracias americanas. Los palmoteos seguían a los palmoteos, algunas voces de aliento

salían de aquí y de allá, cuando el orador con amplio gesto impuso silencio, continuó triste y emocionado él también su poderoso discurso, y llegó a la peroración y el final fue un triunfo”.

“Como orador es fácil, de verbo incansable y de minuciosos detalles, los que más de una vez le han ocasionado disgustos; y como polemista, resulta siempre cruel, por la precisión del golpe y la elección del terreno favorable, desde cuando él, joven y canónigo de la Catedral de Cuenca, publicaba sus tremendas exposiciones en defensa de los principios católicos contra el gobierno del General Veintimilla, hasta la ancianidad, en que, ayer no más, echa a volar las hojas impresas contra el Patronato, el Registro y el Matrimonio Civil, la Ley de Cultos, la de Beneficencia...”

“Hombre activo, de carácter, con un temperamento de lucha, que en otro medio y en otras condiciones le hubieran llevado a la batalla y al cisma, es rudo y porfiado, implacable; para probarlo ahí están los dictámenes sobre la “Carta a los Obispos” del malogrado Cornejo Cevallos, las cartas al Dr. Juan B. Vela; “Las rectificaciones históricas al doctor José Peralta (que en hora funesta copió los ataques sectarios del apóstata Vigil, y el Prelado luego de protocolizar el plagio, refutó el dislate del corifeso liberal); la polémica con el Obispo de Pasto; ahí sus representaciones a los congresos y pastorales y manifiestos, que, si bien entrañan una profunda erudición, huelen a pólvora. Y, por último, ahí está su misma actitud ante las leyes civiles que, en su entender, menoscaban la libertad de la Iglesia o coartan su acción con depredaciones inconducentes; ha proclamado la resistencia pasiva y no se dobla ni se quiebra”.

“Donde es de verle y admirarle al señor González Suárez, es en la cátedra sagrada. Se transfigura, se engrandece; relampaguéala la mirada, se colorean sus mejillas, se infla su pecho, y va saliendo por su boca un raudal de armonías. No predica: canta; es el ruisenor del púlpito... le hemos oído tantas veces, que podemos darnos cuenta de la extraña emoción que despierta su palabra; y así, en una noche de Mayo de 1883, vimos una multitud inmensa que llenaba las naves de la Catedral de Cuenca, llorar a gritos, llorar con aullidos de desesperación, bajo la voz del sacerdote, también empapado en llanto; y así, muchos años después, vimos como el auditorio escogidísimo le aplaudía a rabiar, cual en un teatro, con palmadas y bravos, cuando pronunció, en la Igle-

sia Metropolitana de Quito, su célebre discurso en la fallida cuestión del hallazgo de los restos del Mariscal de Ayacucho”.

“Su fuerte son las oraciones fúnebres. Las ha escrito famosas, como la citada de Sucre, la del Arzobispo Checa, García Moreno, Don Mariano Cueva y otras muchas...”

## VI

El ápice de su labor cultural es la “Historia General del Ecuador”, monumento de exégesis pragmática que se anticipó a los métodos históricos de Kurth y de Bréhier, corrigiendo los narrativos de Juan de Velasco y Pedro Fermín Cevallos. Opina el aventajadísimo discípulo Don Carlos Manuel Larrea: “Para González Suárez la historia era cosa sagrada y el historiador debía ser un adalid de la verdad, que buscara al recordar los acontecimientos del pasado, el bien social, el mejoramiento moral, enalteciendo hechos merecedores de alabanza, condenando como juez severo e imparcial, los dignos de vituperio”. El Prelado acudió a las fuentes de la historia, a los documentos de primera mano, en los archivos de Europa; y, en especial, a los de Madrid, en el Real Archivo de Indias de Sevilla, en Alcalá de los Henares, en Simancas, en los de las Órdenes Religiosas de Quito, en colecciones particulares, Notarías, Municipios y a los incipientes del Estado. Los volúmenes de la nueva Historia se enriquecían con los novísimos acontecimientos encontrados: la actuación de los Presidentes de la Real Audiencia de Quito, la sucesión de Obispos, las fundaciones de ciudades y los incipientes actos del Estado que nacía a la vida jurídica. ¿Y qué encontró el Arzobispo en los protocolos paleográficos?...Misericordias, salpicadas con tremendos escándalos, la estrafalaria Revolución de las Alcabalas de Quito, minucias...antes las recias intencionadas de Túpac Amaru y la Conspiración de Girón en el Perú... Los enredos puntillosos de la Real Audiencia, el boato de los Virreyes, Presidentes y Capitanes Generales, comadrerías en sacristías, el milagrillo de la virgen de la empanada, procesiones del sello real, piedad y vidas de santos y la chismografía de una sociedad en ciernes; egoísmo y rutinas; abundante legislación hispana, pero estéril por su tardía implementación y

la demora de meses y meses de transferencia a la Real Audiencia; las aventuras de filibusteros y piratas depredadores que las guerras europeas aventaban hacia América, porque este Continente estaba marginado del movimiento comercial y cultural del mundo; ¿Y la Iglesia? gobernando sobre las conciencias habiendo obtenido inmensas sinecuras; que catequizaba a las tribus salvajes del Oriente sin que estas jamás mejoraran de condición y carácter; hallaba casos de adulterio y herejías en Riobamba, el escándalo del ermitaño de Guamote, los frailes concubinarios y las palizas entre ellos y las monjas, el asesinato del P. Rafael por los cofanes... cuadros que fueron amplificados, huérfanos de figuras, con seres que pasan sin estremecer la investigación de la Historia, propios de la larva colonial, que permanecen únicamente gracias al vigor del estilo narrativo del Prelado, campo florido cuando se refiere a la conquista, a estos primeros lustros, cuando bordea a William Prescott, Garcilazo, Pedro Pizarro, Xerez, Cieza de León y a los otros Historiadores y Cronistas de Indias que escriben deslumbrados ante las maravillas de un mundo nuevo y desconocido.

Las mejores exposiciones de la General Historia versan sobre la guerra de los Shiris y de los Incas, las del origen del hombre americano y la exposición de las cerámicas precolombinas que conforman el primer "Atlas" nacional; poco narra acerca de las razas allende los Andes y hacia el Amazonas; empero es óptima la descripción de su geografía, la orografía, el venaje de los ríos, complementado al alemán Teodoro Wolf. Y es exhaustiva la procesión de los Presidentes de la Real Audiencia, con sus estigmas de inutilidad, cobardía sanguinaria y, raros casos meritorios y plausibles; mientras se cuaja lentamente la raza criolla que sojuzgará después de trescientos años la inercia peninsular. El grito del indio Eugenio Espejo será el clarín del amanecer de la libertad en la patria y el Continente, en el ocaso del siglo XVIII.

Auroraba el país en las brumas de la democracia, y el Prelado corría el telón a la cultura, señalando rumbos y trazando procedimientos en esa "terra incognita". Para él, la Historia Nacional tenía que erigirse sobre los fundamentos incommovibles de la verdad. Se guió por el apotegma de Plutarco: "Ni Dios puede dar ni el hombre recibir don más excelente que la verdad"; y esta fue la armadura que abroqueló la entereza y el al-

ma del Arzobispo. Tenía presente la sentencia de Antonio de Solís en la "Conquista de México" que "la verdad es el alma de la Historia"; estas sentencias apodícticas las encarnó en su misión sacerdotal y en los gavilanes acerados de su pluma, legándolas a la posteridad en su testamento, "Defensa de Mi Criterio Histórico". Y siguiendo él mismo esos senderos llegó a alcanzar la perfección de la ciencia que, con la discreción de espíritus y el razonamiento de hierro, captó la escurridiza naturaleza humana; y se matriculó en la raza intelectual de los historiadores, a la que Nietzsche determinó que; "La historia es engendradora de hombres". El ecuatoriano escudriñó las causas de los acontecimientos, el origen de las pasiones de los actores de ella, el juego complicado de la dirección providencial y aquellas circunstancias específicas que afectan a la Moral. Estampó con precisión y análisis penetrante la certeza de los juicios. En los anaqueles documentales, olientes a moho de siglos, descubre protagonistas, antagonistas y choques entre ellos, los exhibe ante las miradas atónitas y desconocidas de los contemporáneos; demuestra el poder creador del genio, que levantando la tapa de los tiempos resucita la historia y retrata en ella personajes y andanzas que ya no desaparecerán de la memoria de las gentes. Y penetra en la región de las almas de sus personajes, allí donde se fragua la acción humana o política y sorprendiendo su engranaje con rigor inflexible.

En toda su obra civilizadora palpita esa su mente de equilibrio estable, serena, libre de prejuicios, ausente de criterios políticos que despedazaban al país. Redacta como exigía Tucídides: "Una historia provechosa que dure para siempre". Y nos entregó el filósofo, el pensador e investigador una historia hecha ciencia y verbo de verdad, fruto maduro de la Edad de Oro, a la que aun no llega Indoamérica. He ahí ocho tomos densos y concisos, espoleantes de prosa ática y gramatical, calcados en las frases clásicas del cronista Damián Cornejo de la pléyade de escritores del 1600, y según la exigencias de Cayo Tácito Cornelio: "Imperatoria vis", es decir, profunda, veraz, propia para cimentar a un pueblo incierto y turbulento.

La historia nacional alcanzó con el Prelado quiteño proporciones hasta entonces desconocidas, y esas dignidad y nobleza apenas vislumbradas en Europa con César Cantú. Fue el descubrimiento de la esen-

cia de los actos humanos y el atisbamiento de las proyecciones como brújula para trazar el porvenir; puesto que el amor a la verdad es la nervadura que enhiesta el alma del historiador.

Bramaron de ortodoxia los Obispos y Prelados contra la Historia General y su autor. Pedro Shúmaker, Ezequiel Moreno y Díaz, José María Massiá y Vidella, Ángel de Aviorionel, Reginaldo Duranti, Rafael González Calisto, baldonaron especialmente al IV tomo de la obra y lo denunciaron como herético a la Santa Sede. Las Santidades de León XIII y Pío X, en respuesta, preconizaron a su autor para el Obispado de Ibarra y para el Palio Arzobispal de Quito, dignidades a las que por cinco veces renunció el futuro prelado y tuvo que aceptarlas en fuerza de la obediencia impuesta por Roma. Tres generaciones transcurrieron desde 1895, en las que los historiadores Alberto María Torres y Enrique Vacas Galindo combatieron la Historia General; a los que hay que añadir las diatribas de Wilfrido Lord; José María Vargas anunció la existencia de 140 volúmenes de 500 páginas cada uno, recopilados de los Archivos de España, con los cuales el dominico Galindo escribió la "Rectificación Histórica al IV Tomo del Señor González Suárez", que hasta estos momentos se mantiene inédita. Se cumple la maldición del Libro Santo: "La grandeza aplastará a los adversarios".

La posteridad, plena de juventudes estudiosas y serenas, justifica y aplaude a este fuerte varón, cuyas enseñanzas son normas aún más allá de las fronteras y de los mares. Le sobreviven los testimonios monolíticos de sus obras, la fundación de la Academia Nacional de Historia, oliente a laurel, maestra y conductora de brillantes oleadas de cultores de la ciencia histórica. En el Prelado latieron los sentimientos de los derechos territoriales del Ecuador, a la sombra de sus más austeras virtudes de cenobita, que por desgracia no fueron comprendidos, así como los testimonios más sublimes de la grandeza y libertad, del culto amartelado por la verdad, que él los reconoció en Dios, y no en el deleznable sentir de los hombres. Cuando habla de los derechos y de la dignidad, cuando predica la fraternidad y el amor, tiene por autoridad su propia vida. Lo humano solo aparece en las obras y en el fervor del patriotismo, sin el que no puede sostenerse y producirse la acción de Dios en el corazón de sus criaturas. Fue el hombre bandera en el combate por la civilización de la

Patria contra los invasores de su territorio que, para sostener el triunfo de la razón del derecho, ordenó con voz perentoria, él el apóstol de la paz: No sucumbir enredados en los hilos y sofismas de la diplomacia sino como hombres y con el arma al brazo. Y a la juventud amonestaba: “No leáis los sucios romances de Zolá, sino forjaos en los crisoles de la historia de vuestra Patria”. “Tres cosas envilecen al sacerdote: el temor de hablar la verdad, el apego a los bienes de la tierra, la incontinencia. Tres cosas forman su grandeza: el celo por la gloria de Dios, el desprendimiento de lo terreno y la vida pura”.

El 1° de Noviembre de 1917 penetró la muerte en la alcoba episcopal; el Prelado se rendía ante el imperio de ella; la había probado y la apuró en sus meditaciones, en su larga agonía, saboreando la amargura de la postrimería que, al fin, enfrió la hornaza de su corazón. Cuando le susurraron arteramente el cobijarse en el arrepentimiento... Ni un solo cabello izquierdo, ni se desdijo de todo lo que había escrito y pronunciado, al encontrar que la integridad de su vida no merecía rectificación en principios y opiniones. El más elocuente de los historiados de América, arqueólogo y literato, poeta y orador, polemista y erudito, varón virtuoso que a una vida ejemplar unió la excelencia de un carácter indomable en la defensa de lo bueno y de lo justo, carácter desinteresadísimo que nunca se rindió a las tentaciones de la ambición y la codicia, ni conoció la fulgurante sugestión de los rencores implacables. Había dedicado toda su vida a la meditación y al estudio; se consumió en la práctica de la piedad y del ejercicio sacerdotal, secó su espíritu con las arideces de la ciencia, no saboreó jamás el florecer de la esperanza, las juveniles fantasías que dejan un pozo de amarguras, añoranzas de estigmas imborrables a través de las penas de la vida, fue consumido poco a poco por la enfermedad y por la vejez de los libros antes que por las tormentas del alma. Fue cuanto pudo ser en su ministerio, y si todo lo halló pequeño es porque vio con el Eclesiastés que todo es vanidad y aflicción de espíritu.

Fue el gran defensor y ensalzador de Cristo. No se contentó con ser luciente, llegó a ser luz de luces, que ni la muerte la apagó.



## II

### EL ADIÓS DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA

Troya está sitiada por los griegos. Héctor, hijo del Rey de los Troyanos, Príamo, retorna al combate, donde rondan y revuelan inúmeros peligros de perecer. Y encuentra al pie de la muralla a su esposa Andrómana, que viene hacia él con su hijo Astiacnacte, en sus brazos.

Andrómaca le dice al Héroe: “¡desgraciado! Tu valor te perderá. No te apiadas del tierno infante ni de mí, infortunada, que pronto seré tu viuda; pues los aqueos te acometerán todos a una y acabarán contigo. Preferible sería que, al perderte, la tierra me hundiera en sus entrañas; porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesares; que ya no tengo padre ni venerable madre. A mi padre matóle el divino Aquiles cuando tomó la populosa ciudad de los cilicios, Tebas, la de las altas puertas; dio muerte a Eetión, y sin despojarle, por el riesgoso temor que le entró en el ánimo, quemó el cadáver con las labradas armas y le erigió el túmulo, a cuyo alrededor plantaron álamos las ninfas monteses, hijas de Zeus que porta la égida. Mis siete hermanos, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día; pues a todos los mató el divino Aquiles, el de los pies ligeros, entre los flexípedes bueyes y las cándidas ovejas. A mi madre, que reinaba al pie del selvoso Placo, trájola aquel con otras riquezas y la puso en libertad por un inmenso rescate; pero, Artemis que se complace en tirar flechas, hirióla en el Palacio de mi padre. ¡Héctor! tú eres ahora mi padre, mi venerable madre y mi hermano único; tú, mi floreciente esposo. Pues, ¡ea! Sé compasivo, quédate aquí en la torre y no hagas a un niño huérfano y a una mujer viuda- y pon el ejército junto al cabrahígo, que por allí la ciudad es accesible y más fácil de escalar. Los más valientes los dos Ayantes, el célebre Idomeneo, los Atridas, y el fuerte hijo de Tideo, que con sus huestes respectivas ya por tres veces se han encaminado a aquel sitio, para intentar el asalto; alguien que conoce los oráculos se les indicó o su mismo arrojo los impele y anima”.

Andrómaca, joven esposa que ama a su esposo y a su hijo, tiene terror de quedarse viuda, sentimiento que no necesita explicación. Ella rememora a su esposo toda la trágica historia que terminó con su familia. Parece que fuera inútil ese recuerdo, porque Héctor lo conoce; pero es natural que ella haga memoria, para él y para sí misma, en el momento de reflexión sobre la desgracia que le amenaza en la hora pre-

sente, y sobre la fatalidad que ella teme le sobrevenga; y es también lógico que Andrómaca muestre esa plástica tangible a su esposo, para que arribe a la siguiente conclusión:

“Todo esto me da cuidado, mujer, pero mucho me sonrojaría ante los troyanos y las troyanas de rozagantes peplos, si como un cobarde huera del combate; y tampoco mi corazón me incita a ello, que supe ser valiente y pelear en primera fila entre los teucros, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. Bien lo conoce mi inteligencia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada Ilión, Príamo y el pueblo de Príamo, armado con lanzas de fresno. Pero la futura desgracia de los troyanos, de la misma Hécuba, del Rey Príamo y de muchos de mis valientes hermanos que caerán en el polvo a manos de los enemigos, no me importa tanto como la que padecerás tú, cuando alguno de los aqueos, de bronceas corazas, se te lleve llorosa, privándote de libertad, y luego tejas tela en Argos, a las órdenes de otra mujer, o vayas por agua a la fuente Meseída o Hiperea, muy contrariada, por que la dura necesidad pesará sobre ti. Y quizás alguien exclame, al verte derramar lágrimas, suspirara: “Ésta fue la esposa de Héctor, el guerrero que más se señalaba entre los teucros, domadores de caballos, cuando en torno de Ilión peleaban”.

Así dirán, y sentirán un nuevo pesar al verte sin el hombre que pudiera librate de la esclavitud. Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga tus clamores o presencie tu rapto”.

Héctor no pretende consolar a Andrómaca. Sus sombríos presentimientos que le embargan, los expresa sinceramente. La resignación a la fatalidad es parte del valor en las terribles circunstancias. Andrómaca es la esposa de un soldado; ella debe enfrentarse a la muerte de su marido y a todas las consecuencias posibles de derrota: el exilio, la soledad y la esclavitud. ¿Preferiría ella haberse casado con un hombre cobarde que no defendiese a su país y ni acarrear el destierro, la servidumbre y la esclavitud...? Cumplamos nuestro deber y dejemos obrar a los dioses. Ella no responde palabra; se resigna. Entonces, Héctor quiere abrazar a su hijo, tal vez no le verá ya nunca más.

“Así diciendo, el esclarecido Héctor tendió los brazos a su hijo, y éste se recostó gritando, en el ceno de la nodriza de bella cintura, por el terror que el aspecto de su padre le causaba: dándole miedo el bronce

y el terrible penacho de crines de caballo, que veía ondear en lo alto del yelmo. Sonriéndose el padre amoroso y la venerada madre. Héctor se apresuró a dejar el refulgente casco en el suelo, besó y meció en sus brazos al hijo amado...”.

La escena graciosa y casi alegre, el cuadro familiar, el terror infantil que ha arrancado sonrisas sucesivas a las sombrías pinturas de miseria y derrota previstas. Héctor y Andrómaca, por un instante, han borrado la impresión del destino, ellos se consuelan. La vida está forjada así, de tristezas y alegrías, que se suceden y alternan; como en los días dudosos y ambiguos, de momento en momento, las nubes cubren el rostro del sol, y las claridades esplendentes se cubren con las sombras. Héctor alza en brazos a su hijo, lo besa y eleva esta oración a los dioses:

“¡Zeus y los demás dioses! Concededme que este hijo mío sea como yo, ilustre entre los teucros e igualmente esforzado; que reine poderosamente en Ilión; que digan de él cuando vuelva de la batalla: “es mucho mas valiente que su padre”, y que cruentos despojos del enemigo a quien haya muerto, regocije al alma de su madre”.

La esperanza es invencible en el corazón del hombre. Héctor, de pronto, no piensa en la derrota probable, casi cierta, que lo matará y esclavizará a su esposa, cuando mira y contempla a su hijo con orgullo paternal, y al ofrecer en sus brazos de guerrero al cielo inmenso donde moran los dioses, recobra la confianza: contempla la patria que resucita, pujante y gloriosa; puede él morir ya, no importa, porque su hijo grande, fuerte, valiente gobierne a Troya, la defiende victoriosamente contra los enemigos que en el futuro la acometan; y su esposa que habrá sobrevivido, llena de honores y dichosa, contemplará a su hijo como la viva imagen de su esposo. Andrómaca queda medio consolada; su alma es acariciada por el hermoso sueño escapado del corazón de su heroico esposo. Si bien todavía no se cuajan las lágrimas en sus ojos, Andrómaca siente que en sus labios flota una sonrisa.

Hecha la oración, el guerrero deja al niño en los brazos de su amada esposa. Ella lo estrecha contra su perfumado pecho y le sonríe tras el cristal de sus lágrimas; Héctor, mudo de emoción y piedad, le toma la mano y le acaricia. Este cuadro, centenares de veces reproducido por el dibujo y la pintura, es trazada por Homero con ligeros y diestros trazos, como se realiza la belleza en las sencillas y profundas obras. Héctor intensamente

emocionado, empero se encorajina sin dar paso al miedo; no amengua y resta su ternura, que más bien fortalece su valentía y vigor moral; el niño olvidado ya su terror infantil, se halla un tanto sensible y busca el dulce busto de su madre como a tierno protector refugio; Andrómaca, proclive al sufrimiento de las lágrimas, se reconforta con la visión de la gloria maternal que su esposo la hizo entrever, y más todavía por los sentimientos delicados y heroicamente paternos que acaba de expresar su marido: se transforma en madre dichosa, porque posee el sentimiento de amar a su hijo más que así misma, y porque le profetiza una gloria superior a la suya; y ella se transforma en madre dichosa, siquiera en un momento fugaz; dichosa, a pesar de los azares del provenir y en medio de las más grandes angustias y presentimientos. Este cuadro descriptivo, plástico, contiene las más grandes bellezas morales de la humanidad: el amor conyugal, el amor paternal, el amor maternal y el amor supremo a la Patria; este cúmulo de afectos está expresado con extrema sencillez, de la que brotan también las más altas y dichosas virtudes humanas.

Héctor, acariciándole la mano, le habló así: “Desdichada. No en demasía tu corazón se acongoje, que nadie me enviará al Hades antes de lo dispuesto por el destino; y de su suerte ningún mortal, sea cobarde o valiente, puede librarse una vez nacido. Vuelve a casa, ocúpate en las labores del telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo; pues, de la guerra nos cuidaremos cuantos varones vimos la luz del día en Ilión, y yo el primero.”

Héctor, luego de dar pábulo, en fugaz momento, a la ternura conyugal y a las ternezas paternas, retorna a ser soldado y jefe de combatientes, actitud propia de su profesión en la que se siente bien, cuya gravedad responsable minimizó ante el espíritu de aquella a la que él ama. El expuso su criterio fatalista, como necesidad ineludiblemente moral para quienes afrontan los riesgos de la muerte. Y, en este apremio declara: nuestra hora final está marcada por la raya de la muerte, y nadie ni nada la puede anticipar, alejar o eludir, y los mortales ignoramos cuando vendrá. Entonces ¿Qué nos toca, pues, hacer? Y el espacio de tiempo que le compete al hombre, corto o largo, es otorgado por el destino hasta la muerte, y cabe únicamente repletarlo con bellas y buenas acciones que satisfagan a la conciencia y a la nobleza del espíritu; porque sólo tales acciones y aquellas que se toman heroicas son dignas de la vida humana; y si late el pro-

fundo deseo de todo ser racional de vivir largamente, el mejor medio de alongar la vida es llenarla de esas espléndidas acciones, que conduzcan el nombre del mortal a la inmortalidad de la Historia. La moral filosófica o étnica del soldado y la de todo hombre racional, honesto y sensato, es colmar ese espacio vital con acciones que recuerden los tiempos venideros, como repletos de honor y que se tornen en paradigmas de las gentes que, como las olas del mar, vienen y van.

Héctor, en sus frases postreras, se revela como soldado conductor de soldados, el dux, y el jefe de familia al impartir las disposiciones a su amante esposa: la vida debe continuar con el ritmo del deber y del trabajo, con el cumplimiento de sus imperativos categóricos. Ella acompaña a su marido hasta los muros de la ciudad para despedirse de él, y a que el padre tenga la oportunidad de besar al niño Astiacnacte, y no se retrasa más porque le reclaman las rutinas del hogar; y cuida de que, como futura madre de un rey, no sea vista deambulando por las calles de la ciudad. Y por eso torna al menaje del hogar, y a los afanes de su rango y de su sexo; y debe también arrastrar a las otras féminas con su ejemplo. Para los hombres la beligerancia de la guerra, sus crueldades y peligros; para las mujeres, las labores domésticas, sin duda opacas en la fama, pero dignas, porque el hogar organizado y laborioso es el relicario de las familias sanas y fuertes, y los infantes templan su virilidad y se preparan como el futuro glorioso de la patria.

Mientras Héctor habla toma el morrión con cimera flotante de crines y arma su cabeza; y la bien amada de su esposa desparrama su mirada por la ciudad y bañado el rostro en lágrimas retorna el palacio de Héctor, matador de hombres, franquea las soberbias puertas y en los aposentos interiores junta a la numerosa servidumbre y, en medio de ella, llora y mueve al llanto. Entonces, en la mansión de Héctor militar, que rebosa de exuberante juventud y vida, le lloran amargamente y presienten que aquel terrible guerrero, sembrador del terror de la muerte, no retornará del frente de batalla ni escapará del furor de las armas y de los acerados pulsos de los rencorosos griegos.

Como la uña se arranca de la carne, según cantaba el juglar del Mió Cid, Andrómaca se aleja de su esposo, sin llevar siquiera la esperanza de verlo en próxima ocasión. La flor no brota para dos primaveras, y mientras Héctor se esfuma en la lejanía, ella torna una y otra vez a mi-

rarlo mientras se alonga, sin contener las brillantes lágrimas que enjorran su tristeza; y paso a paso retorna al Palacio.

Héctor, no en vano, destacó la magnificencia de su Palacio y de sus monumentales puertas, para que Andrómaca empapada en su dolor y sin prestar atención a esas suntuosas edificaciones, las mire y diga para sí: “He allí las soberbias puertas, que se enhiestan con orgullo, bien pronto los aqueos sañudos las destrozarán hasta que ardan como braseros de bronce. Presa de estos pensamientos, ella flanqueó el dintel y avanzó hacia los aposentos interiores, y con el semblante desfallecido reunió a sus ciervas y esclavas, que comenzaron a llorar al ver surcado el rostro del ama con lágrimas salobres y ante el presentimiento de que Héctor corre a la muerte. Homero llora y oye lamentar a Héctor vivo, como si hubiera caído en el tenebroso reino de Plutón: al ver que la intuición desesperada brota del alma de las mujeres y expresan mejor esas circunstancias sobre la existencia histórica de Troya, destinada a sepultarse entre pavesas y ceniza.

Pero Homero no terminó esta rapsodia (el Canto VI de la Iliáda) con la impresión de aflicción siniestra. Que las mujeres sufran es muy natural; mas, el soldado que marcha al frente de batalla debe estar alegre y abrigar la esperanza de disipar los temores que se ciernen sobre su vida. Mientras Andrómaca y la servidumbre gimen en el Palacio umbroso, Héctor desciende a la planicie y no lejos del lugar del coloquio con Andrómaca, se junta con Paris, cuya imprudente y nefasta pasión causó esta guerra de exterminio, y si a ratos derrochó coraje, casi siempre advino como remiso, perezoso y sensual.

“¡Mi buen hermano! Dijo Paris a Héctor, mucho te hice esperar deteniéndote a pesar de tu impaciencia, pues no vienes oportunamente como ordenaste. Respondióle Héctor, el del tremolante casco: ¡Querido! Nadie que no sea justo reprenderá tu esfuerzo y trabajos en el combate, porque eres valiente; pero a veces te complaces en desalentarte y no quieres pelear, y mi corazón se aflige cuando oigo que te baldonan los troyanos, que tantos trabajos sufren por ti. Pero vámonos y luego lo arreglaremos todo, si Zeus nos permite ofrecer en nuestro Palacio la cratera por la libertad, a los celestes sempiternos dioses, cuando hubiésemos echado a los arqueos de hermosas grebas”.

Héctor ostenta su recia personalidad de soldado y paladín y conductor

de la guerra. Se dirige con advertencias y tácticas a los subordinados, entre los que están sus hermanos; y junto con la severidad proclama la justicia y rinde homenaje a los méritos reales de los héroes, y en esta forma se gana la confianza de los combatientes, y con éste la esperanza del triunfo. Hace brillar ante los ojos la alegría de las dichas: la visión esplendente de la alborada de la victoria, en la que él espera con certeza. La esperanza es virtud, y la desesperación una infame cobardía. “Esperar contra toda esperanza” es el deber de todo hombre valiente, porque ella en forma imposible llevará la misión, hasta que se ofrezca alguna oportunidad en el acontecer humano. Se cierra y se clausura el adiós de Héctor y de Andrómaca: la esposa llora y el dux marcha con firmeza y alegría a la guerra; Andrómaca derramando lágrimas, Héctor impaciente desea y busca al enemigo, al que espera vencer, y entre el aspecto sentimental de los dos, Troya inmensa y sombría, en peligro de incendio y destrucción, siente que si desfallece Héctor en el combate, ella será raída de la tierra. Pero Héctor la contempla con ilusión heroica, resplandeciente, despojada de enemigos y airosa y libre bajo el sol.

Jean Racine al componer la maravillosa tragedia “Andrómaca” se convirtió en el más grande poeta dramático de su tiempo; se inspiró en el pasaje de la despedida de Homero. Describe el francés: Héctor ha muerto bajo las armas del terrible Aquiles, semidiós invulnerable de los griegos; Andrómaca es llevada a la cautividad en la casa de Pyrrro, hijo del matador, Aquiles. Astyacnax, ya púber fue arrancado del amor maternal. Pyrrro sinceramente enamorado de las virtudes y belleza de Andrómaca la pretende desposar; pero ella vive de la presencia y grandeza de Héctor y no consiente unirse con el hijo del homicida del héroe troyano. Pyrrro en su pasión, llega al término de sus propósitos y amenazas, y declara: que él no amó a su padre Aquiles, y si Andrómaca se negase a desposarse matará al joven Astyacnaxte o entregará a los griegos para que le den muerte, porque ellos creen que si crece, siendo como es hijo de Héctor, resucitará a Troya y su imperio. Pyrrro, al abandonarlo en manos de los griegos cumple con la obligación de ciudadano heleno, y obedece al deseo y seguridad de Grecia. Andrómaca se siente reducida a la espantosa alternativa; se desposa y espera que un día Astyacnax restaure el trono de Troya y rija desde él, o contemplará a su hijo despedazado por los griegos. El dilema propuesto

por el destino es fatal para el alma maternal de la troyana, que toma en cuenta la honorable fidelidad de ella para con la memoria siempre presente de Héctor. Si Andrómaca no amara más que a su hijo, y lo ama entrañablemente, la situación planteada sería peligrosa, pero no trágica, simplemente se casaría con Pyrro. De inmediato los griegos atacarían, y Pyrro sería vencido, y pronto surge la amenaza de la muerte del príncipe troyano. Y si Pyrro resultara vencedor, entonces es posible que Astyacnax llegara a reinar en la nación de Pyrro, es decir, en Troya restaurada. En cualquiera de los dos casos, Andrómaca debe desposarse con el griego, porque, en primer término, retarda la muerte de Astyacnaxte y atisba su reinado.

Pero ella no se determina por este partido, pues, no sólo ama a su hijo; ama y con intensidad a Héctor; lo ama como si estuviera vivo, y lo ama tanto que cree que si se desposase con otro cometería el delito de infidelidad y de traición al tálamo; ella lo ama con carácter de religión. En todo ve y oye solo su nombre:

“De sus labios únicamente brota el nombre de Héctor”.

¡Jamás la viuda de Héctor será la esposa del hijo del homicida de Héctor, y menos por salvar la vida del hijo del héroe de Troya! Y mientras persiste esta feroz resistencia, Astyacnax será sacrificado; y ¿qué hará ella?

Después de suplicar a Pyrro y a los que ejercen influjo en el ánimo del griego, Andrómaca trama cierta estratagema nada segura; pero que le permite conciliar su amor maternal y el amor conyugal, los deberes para con el hijo y los que profesa intactos para con su esposo muerto, sus ternuras de madre y su pudor de viudez. Ella se desposará con Pyrro, pero no compartirá el lecho como mujer; se matrimoniará religiosamente ante los altares de los dioses; luego, arrancará de Pyrro al juramento de ser como un padre para Astyacnaxte; y después de celebrarse estas ceremonias, se dará muerte para no subir al tálamo con Pyrro. Ella conoce y confía en el carácter del griego, si bien es duro, pero obra con el espíritu y letra de la ley, procederá a mantener y cumplir con su juramento: proteger a Astyacnaxte, después que la troyana haya desaparecido en la tumba; y espera, sobre todo, que Pyrro sobrecogido por la tragedia, comprenda la grandeza moral del sacrificio de la viuda de Héctor y se porte como digno de ella, y no descenderá a cumplir la vil venganza de los griegos, de inmo-

lar al hijo de tan valerosa madre y mujer, que siquiera por un momento llevó el nombre de su esposo Pyrró.

Andrómaca desconoce que la acción, planteada por ella, se realice fatalmente; pues los griegos astutos e indignados, al considerar que Pyrró en vez de rechazar a Astyacnaxte lo adopta y toma a su madre por esposa, se exasperan por la desafiante rebelión contra la determinación de la nación griega, y porque sus órdenes son despreciadas, resuelven masacrarle cuando él se encamine hacia los altares, para celebrar los ritos nupciales, y para proclamar por reina a Andrómaca y por rey a Astyacnaxte. En este caso, la troyana sostendrá guerra contra Grecia, en calidad de viuda de Héctor y con el apoyo de los amigos y soldados del difunto Aquiles.

Esta resulta ser la solución más lógica; pero el estudio pretende descubrir el carácter total e íntegro de Andrómaca en la despedida de Homero y en la de Racine. La Andrómaca del trágico francés mantiene el carácter pasional de la *Ilíada*, así como el de Héctor. Una mujer que ama hasta el delirio, es la de Racine, su carácter femenino dulce, llena de piedad doméstica, ama vivir entre los muertos. En la *Ilíada* ella reza: "Ya no tengo padre ni venerable madre... Mis siete hermanos que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día; pues a todos los mató el divino Aquiles, el de los pies ligeros. Ellos duermen en un túmulo, a cuyo alrededor plantaron álamos la piadosas ninfas monteses, hijas de Júpiter, plantas fúnebres que permanecen siempre verdes. ¡Héctor! Tú eres ahora mi padre, mi venerable madre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo". En Racine, ella dice a su hijo: "Yo no tengo más que a ti y tu eres mi Héctor, que es todo lo que me queda..."

"Es Héctor, es Héctor al que yo abrazo en ti".

Y ella vive tan solo del recuerdo de Héctor, ser que la muerte ha despertado, pues el vive palpitante en el corazón de su esposa. Y en el verso de Racine repite, como un eco, lo que ella exprimió en el exámetro de Homero, a la sombra de las murallas de Troya:

"Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara".

Esta es precisamente la conclusión, el propósito firme y la determinación a la que ella llega. Pasión por los muertos, amor por el esposo, amor hacia su hijo... esta es la Andrómaca de Homero y es también la Andrómaca de Racine.

Los



# Lusitadas

poema de

Luis de Camoens



## III

CUATRO CENTURIAS DE GLORIA

**E**n 1595, cuando habían transcurrido 15 años de la muerte del poeta, se publicó en Lisboa la primera colección de poemas de Luis de Camoes, en cuyo prólogo se declara que fueron recopilados de algunos libros y publicaciones que andaban desperdigados, y en canciones que también estaban en la boca del pueblo, tarareados con emoción.

Luis Vaz de Camoes, poeta lírico y épico de Portugal, acerca de cuyo nacimiento tres ciudades se disputan la gloria de haber sido su cuna. En las tres ramas de la familia, según varios autores, la neurosis fue hereditaria, y por fortuna en el gran poeta se trocó en genio de alta inspiración.

Camoens parece haber nacido (1524 o 1525) en Lisboa y estudiado en Coimbra. De cierto sólo se sabe que era de familia aristocrática, pero pobre. Su profundo conocimiento de los clásicos latinos y de las literaturas modernas permite conjeturar que haría sus estudios buenos y lúcidos. Joven, pasó algunos años en la corte, cuyos favores y el amor a una dama -Catalina Ataide- de la reina, arrancándole numerosos acentos poéticos. Fue muy breve su dicha: desterrósele de palacio, por motivos desconocidos.

Después de lamentar su desgracia en hermosas elegías, peleó dos años como soldado en suelo africano, donde herido, perdió un ojo. No tardaron en sobrevenirle nuevas desdichas. Por un altercado sufrió prisión. Cumplida la cual alistóse como soldado raso en una expedición a las Indias; en la que militó muchos años, en varias campañas. Últimamente diósele un empleo civil en Macao. Allí escribió los primeros cantos de su epopeya, en una gruta, que conserva todavía una inscripción alusiva al hecho; gruta que ofrece un hermosísimo panorama terrestre y marítimo: un verdadero oasis para su triste musa, volviendo a Goa, naufragó, salvándose a nado, sólo la vida y el manuscrito de su poema. En Goa padeció otra prisión y después de ella una cadena de infortunios, que sólo cesaron con la vida. Pobre e ignorado, como había vivido, murió y fue enterrado este excelso poeta, sin lágrimas de dolientes

## LOS LUSÍADAS

Debe la gloria y universal fama, no tanto a la lírica, (668 poemas), sino a la epopeya de los lusíadas (o lusitanos, portugueses, descendientes de Luso, fundador del pueblo portugués).

## Plan

Vasco de Gama descubre el derrotero marítimo de las Indias Orientales. En Mozambique y en Bombaza, donde la traición intenta perderle, protégelo Venus.

Ella determina al rey de Melinda a acogerle favorable y espléndidamente. Rogado por aquél, cuéntale Gama los fastos lusitanos. Saliedo de Melinda los navegantes, alza contra ellos una horrenda tormenta; que calma Venus con sus ninfas.

La diosa, descubierto el derrotero y antes de tornar a la patria los portugueses, condúcelos a una isla de delicias, donde Tetis regala a Gama, y las nereidas a los suyos.

## Defectos

Ciñéndose en la forma épica a Homero, y más aún a Virgilio, el gusto seudo clásico de su tiempo hízole introducir a las deidades gentiles, en medio de los sentimientos cristianos que verifican la obra; introducción por demás importuna y perturbadora de la armonía del poema.

Ni vale alegar a favor de tan monstruosa mezcla el fondo alegórico de esta intervención de los dioses, ni decir que Baco, enemigo de los portugueses, representa al vicio, así como Venus, amiga de ellos, y triunfadora de aquel, personifica al amor. El paganismo, con sus númenes, ha desaparecido para siempre. Es, de consiguiente, un traspie emplear fábulas mitológicas en una obra moderna, y mayor traspie aún, emplearlas simultáneamente con las ideas cristianas.

Predomina en los Lusíadas los episodios, lo heterogéneo: divídese y subdivídese y distráese a cada paso la atención. El solo relato de Gama al rey de Melinda ocupa nada menos que la cuarta parte del libro. Lo episódico mitológico aparece y desaparece.

Además de esto, vaga el interés continuamente de Gama a Venus, de la flotilla a la nación. Sube y baja sin cesar la poesía, el tono, la atención, sube al Olimpo; baja a la tierra; sube desde la realidad más común y tangible hasta la más pura e inverosímil idealidad. Si Venus cupiese dentro de la verosimilitud, su continua intervención distrajera mucho menos.

## Bellezas

Sin embargo, ni Venus con su inverosimilitud, ni Gama con su relato, ni la sin par y difícilísima novedad de hacer héroe de un poema, no a una persona, ni una empresa, ni a Vasco ni su expedición, que sólo administran el hilo histórico, sino a un pueblo entero: al pueblo lusitano, a una entidad tan vaga, abstracta y rebelde al interés, como ha de serlo una nación, sea cual fuere; nada destruye ni debilita la unidad. Materialmente, es varia la epopeya: mortal, poéticamente, es una en rigor, una; de perfectísima unidad.

Es este un triunfo, uno de los grandes triunfos artísticos.

¿De qué resulta o proviene?

Primeramente, del cabalísimo equilibrio y compensación del interés: el proporcionamiento de tanta cosa diversa, opuesta. Pruébalo el enorme relato de Gama al rey de Melinda. Nada más desproporcionado, al parecer, ni más discordante; nada en realidad, más ligado con el asunto, nacido por decirlo así, de sus propias entrañas; nada más rigurosamente uno y proporcionado con el argumento que esta grande, grandiosa y espléndida narración (III, 30-v, 90); una pequeña epopeya dentro de la grande, engastada en ella por mano habilísima de artista. Es el héroe, el representante y encarnación del heroísmo del pueblo, refiriendo a un extranjero, que lo pide, las grandezas y hazañas de los reyes y de la nación; un héroe que, con sublime amor a ellas, rememora a los héroes, a sus congéneres de la gran familia. La familia: sus virtudes heroicas, sus proezas militares y las náuticas; he aquí lo que intenta cantar el poeta. Luego: el episodio, bien mirado y sentido deja de serlo; incorpórase enteramente en el cuadro y aun llega a ser una especie de núcleo suyo principalísimo: uno de sus puntos culminantes, de sus cimas perdidas entre nubes y ataviadas de tranquila majestad.

Pero aún hay otra causa unificadora de los Lusíadas; causa tan importante, o más, que el arte de su proporcionamiento: es el ardor patriótico; el entusiasmo tan sincero, tan espontáneo; el amor nativo, invencible, vibrante, a la patria; a una patria a la que tanto a él le debe, y que tan mal le pagó; que, en premio de su amor ternísimo, el más intenso que poeta alguno ha tenido a la suya, le olvida, le deja perecer.

Amor tan noble, que ante tanto desamor ni maldice ni se queja; que acepta sin protesta esa humillante realidad y pensión, que la pluma se

resiste a consignar —esos quince duros anuales, que sólo puede aceptar un pobre, un mendigo—. Y lo fue tanto, que no se ha podido desterrar de la historia una tradición que hace a un esclavo suyo mendigar de noche para el pan cotidiano. Y tanto lo fue, con todo su amor a la patria y a la dinastía, con toda la gloria que daba a entre ambas, con todos los servicios heroicos prestados a la una y a la otra.

Tanta nobleza y altura de alma vibran a través del poema entero. ¡Qué amor patrio el de Camoes! Amor tan tierno como severo; amor que jamás le ciega; que se aúna en él con una noble independencia y altivo amor a la verdad, tanto que no calla ni disimula ningún desliz de sus héroes. Ardiente y purísimo amor, que comunica tanta y tan cálida vida al poema, que no alcanza a enfriar ni sus partes episódicas; vida que circula por todo él y penetra hasta al través de lo mitológico, y truécalo, como por encanto, en realidad; sobre todo Venus, cuyos hechizos ni los mayores genios han pintado como él.

Medio encendida ya de su camino  
entera tan hermosa se mostraba,  
que estrellas, cielos, todo éter vecino,  
todo cuanto la mira, enamoraba.  
Con los ojos, do amor, su hijo divino,  
anida, unos ardores inspiraba  
con que los polos gélidos ardía  
tocando en llama a la esfera fría. (II-34)

Pero esta Venus ¿no será también Catalina de Ataíde, aquella juvenil beldad que fue el primer amor del poeta?

¿Por qué no? Que por él pintada no es la Venus vulgívaga: es la urania, la celeste; la voluptuosa que va desde los postreros confines de la voluptuosidad, que enciende tierra y cielo, pero casta, ajena a la lascivia, ajena a la bajeza.

Casi imposible parece que el poeta no tratara de inmortalizar en su epopeya la gran pasión de su vida. Y en tal supuesto, aparece mucho menos absurda la introducción de los númenes.

En efecto, fuera del amor patrio, respiran Los Lusíadas el amor alto a la mujer: es al propio tiempo una epopeya erótica de la más elevada

escuela. ¿Qué otra cosa significa la Venus que ama a los lusitanos, que vela por ellos, que, por fin, los conduce a la isla de sus delicias, donde castamente se embriagan en ellas? ¿No está insinuando todo esto que el portugués une en sí las dos históricas virtudes del caballero: el valor y la galantería; los dos amores: el de la patria y el de la mujer?

Más. Otro amor tiene todavía el poeta, otro amor como a su patria; amor tan grande como el de las armas y que la ciñó coronas aún fúlgidas: el amor del mar; ese amor que de muy antiguo ha avasallado a los hombres.

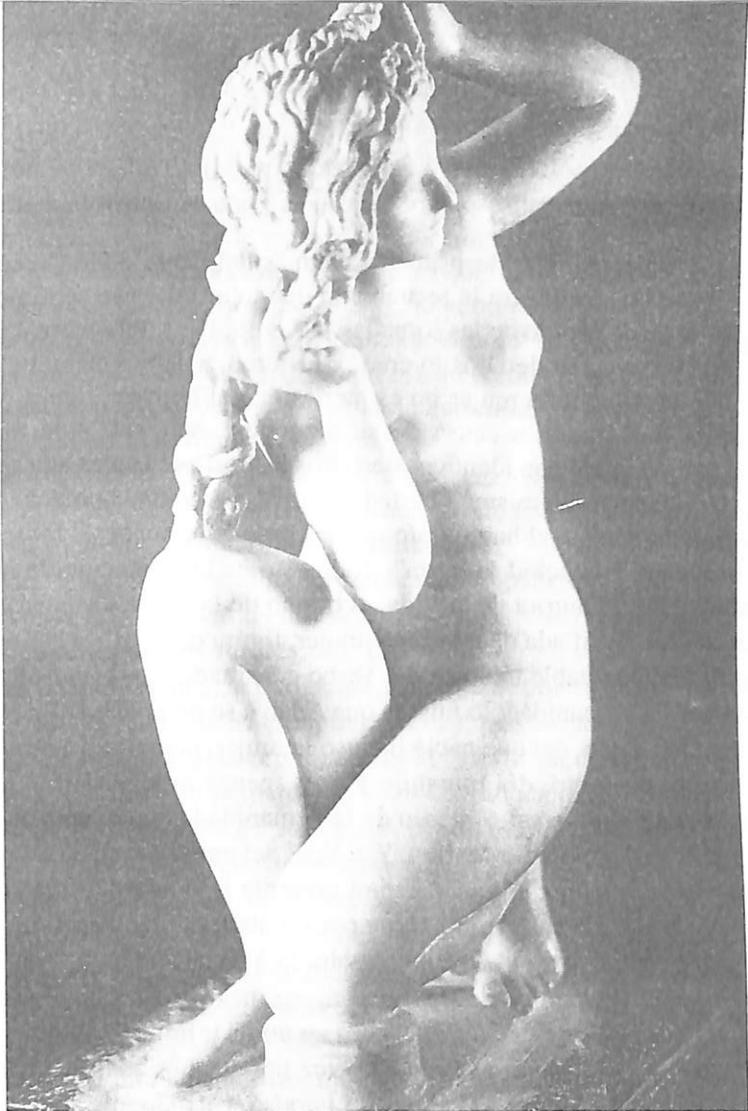
No hay grandiosidad ni magnificencia en la tierra comparables a las del océano. En ninguna parte resplandece como allí la majestad de Dios. Majestuosas y sublimes con sus bonanzas; aterradoras; sublimes y majestuosas, sus tormentas. Sus ondas, cuando mansas, arrullan y subliman al alma; cuando entumecidas, la sobrecogen y desconciertan. Allí enséñale a amar a Dios grande; aquí, a temerle y postrarse ante El.

Esto siéntale el héroe; esto el artista; y lo uno y lo otro es Camoes. ¿Quién ha pintado el mar como él? A través del poema entero parece resonar el gran piélagos; es como la nota fundamental de tantos, tan varios y tan armónicos cantares.

Y esta nota fundamental sostiene las de todos los amores del poeta, que tan vivo expresa que los comunica hasta al más indiferente y frío; con la particularidad el de la patria. Aun al más desafecto a la tierra lusitana irresistiblemente le obliga a admirarla y amarla.

¡Qué efectos obtenidos por tan sencillos, casi pobres medios! Porque ningún poeta moderno hay tan sobrio como él; ninguno tan llano de estilo, tan llano de lenguaje, tan llamo de rima. A cada momento rózase la narración con la prosa, sin dar nunca en ella, y álzase naturalísima para descender luego otra vez de sus alturas.

Las cuales más son de pensamiento que no estilísticas. Y sus alturas mismas, con ser tan celestiales, muéstrense tan serenas, que ocultan en cierto modo su mucha sublimidad. Sublimidad esparcida por todo el conjunto, pero que, de cuando en cuando, rutila de inefable manera, como en la pintura de la trágica muerte de Inés de Castro (III-118-1351); sublimidad y sencillez que hacen de Camoes el primer épico moderno y uno de los mayores poetas. El cantor de Ilión, a vivir cuando y donde él vivió, no cantará ni otro asunto, ni de otra suerte, ni más sencillo, ni más sublime.



# IV

LO ETERNO FEMENINO

## LA MUJER

**P**ermitirme abrir las primeras páginas del Libro de la Creación, donde se muestra la fecundidad del amor; el verso séptimo relata la cúspide de las jornadas; “Y creo, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creo, y los creo, macho y hembra”. Lo que demuestra que la mujer no es menos que el hombre, figura, y representación divina, a causa de su naturaleza racional. A la mujer, pues, corresponde con idénticos derechos la gloria de la más alta semejanza, y por tanto la misma libertad personal y dignidad humana. Añade inmediatamente el hagiógrafo que les ordenó el Señor: “Procread y multiplicaos y henchid la tierra”. Todo esto es la exaltación de la fecundidad. Es la aurora de la Vida, el himno de la energía y la pujanza de la sangre. La díada de hombre y mujer, figura de Dios, va a presidir después la inagotable teología del Verbo encarnado, que tomó sobre sí después a la humanidad, lo mismo que Adán a su compañera. En el comienzo fue Adán, del que nació incluso la mujer, pero junto a él, ya en el mismo día sexto, día tranquilo y hoy apenas imaginable, aparece ella, -la madre universal, símbolo de la humanidad elegida para esposa y desdeñosa del glorioso destino. Y al final del universo, cuando las estrellas se estrellen en el vacío, estará presente la mujer que Juan contempló: vestida de sol y con la luna por escabel: la gran señal del cielo- que se repliega: donde tan solo lucirá la Mujer perenne.

Cuando Dios, enamorado del hombre, su más perfecta criatura, determinó hacer el primer don, le dio en su amor infinito la mujer, para que esparciera flores por sus sendas y luz por sus horizontes. El hombre fue el señor y la mujer el ángel del paraíso. Cuando ella cometió la primera de sus flaquezas, Dios permitió que el hombre cometiera el primero de sus pecados; juntos salieron de aquellas moradas espléndidas, con el pie lleno de temblor, el corazón de tristeza y con los ojos oscurecidos de lágrimas. Juntos han ido atravesando las edades, su mano puesta en su mano, ahora resistiendo grandes torbellinos y tempestades procelosas, ahora dejándose llevar mansa y regaladamente por pacíficos temporales, surcando el mar de la vida con grande bonanza y sosegada fortuna. Al herir Dios con la vara de la justicia al hom-

bre- prevaricador, cerrándole las puertas del delicioso jardín que para él le había dispuesto con sus propias manos, tocado de misericordia, quiso dejarle algo, que le recordara el perfume suave de aquellas moradas angélicas, y le dejó, a la mujer, para que, al poner en ella sus ojos, pensara en el paraíso. Desde entonces, si el hombre hace la historia, la mujer es la que modela en gran medida al hombre, padre de la historia, la que calladamente burila como madre o como esposa, como estímulo o como objeto de respeto, el alma masculina. La mujer está en el espacio, el hombre frente al espacio.

Los imperios de Grecia y de Roma y los de los Bárbaros se desplomaron cuando se borró en ellos la tradición de la mujer; chafada también la tradición del matrimonio instituido en el -Cielo, esos pueblos gentiles ignoraban que la mujer había nacido para ser compañera del hombre, y la convirtieron en instrumento vil de sus placeres y en víctima inocente de sus furores. Por eso instituyeron, como sus antecedentes antediluvianos, la poligamia, que es el sepulcro del amor, y por eso le dieron, cuando así cumplía a sus antojos livianos, libelo de repudio, instituyendo el divorcio, que es la disolución de la sociedad doméstica, fundamento perpetuo de todas las asociaciones humanas. Por eso la hicieron esclava de su esposo, para que estuviera sin derechos, y para que permaneciera perpetuamente en su poder, como víctima a quien la sociedad pone en manos del sacrificador o debajo de las manos del verdugo. Esto sirve para explicar por qué el amor, que es para nosotros el más delicioso de todos los placeres y el más puro de todos los consuelos, era considerado por los gentiles como un castigo de los dioses. Cuando en los poemas griegos aparece el amor, luego al punto pasa por delante de nuestros ojos un fatídico nublado, síntoma cierto de que están cerca los crímenes y las catástrofes. La mujer hebrea, por el contrario era, una criatura benéfica y nobilísima. Poseedores los hebreos de la tradición bíblica y sabedores del fin para que la mujer fue creada, le levantaron hasta sí, amándola como compañera suya, y aun la pusieron a mayor altura que al hombre, por ser la mujer el templo en donde había de habitar el Redentor del género humano. No fue, a la verdad, el matrimonio entre la gente hebrea un sacramento, -como lo había sido antes en el paraíso, y como había de serlo más adelante,

cuando el Anunciado al mundo viniese en la plenitud de los tiempos: fue, sin embargo, una institución altamente religiosa y sagrada al revés de lo que era en las naciones gentílicas. Por lo que hace a la esclavitud de la mujer, fue cosa desconocida en el pueblo de Dios, como quiera que la esclavitud no se compadece con aquella alta prerrogativa de ser Madre del Redentor, otorgada a la mujer desde los tiempos adámicos.

Si ponéis ahora la consideración en la distancia que hay entre la familia gentílica y la hebrea, echaréis de ver que están separadas entre sí por un abismo profundo: la familia gentílica se compone de un señor y de sus esclavos; la hebrea, del padre de la mujer y de sus hijos; entran como elementos constitutivos con sus deberes y derechos absolutos; entran a constituir la segunda, deberes y derechos limitados. Ahora se comprenderá fácilmente por que, la mujer hebrea pierde en los poemas bíblicos todo lo que tuvo entre los gentílicos de sombrío y siniestro, y por qué el amor hebreo, a diferencia del gentil, que fue incendio de corazones, es bálsamo de las almas. Las vírgenes de Israel, siempre bellas y vestidas de resplandores apacibles, ya levanten sus corazones al Señor en melodiosos himnos y en angélicos cantares, ya inclinen bajo el peso del dolor las cándidas azucenas de sus frentes.

No se contentaron los hebreos con fiar a la mujer el blando, cetro de los hogares, sino que pusieron muchas veces en su mano fortísima y victoriosa el pendón de las batallas y el gobierno del Estado. La ilustre Débora gobernó la república en calidad de juez supremo de la nación; como general de los ejércitos peleó y ganó batallas sangrientas; como poetisa, celebró los triunfos de Israel y entonó himnos de Victoria, manejando a un tiempo mismo, con conyugal soltura y maestría, la lira, el cetro y la espada.

En el ser pasivo de la feminidad se encuentra un misterioso refugio, el poder de redención y el supremo poder. Esa pasividad no es inactividad, sino manifestación excelsa de paciencia y aceptación transfigurada del dolor. Ya la mujer soporta más fácilmente el sufrimiento, porque está mejor dispuesta a soportarlo o cargar con él, sin ofrecer resistencia; pero lo que resalta es la nota positiva de su pasividad, que no significa ni menoscabo de la capacidad de acción, de pasión, en el que radica su personal poder de fecundidad y el sentimiento de toda ulterior concedi-

da a los humanos. Hágase en mí, dijo María, la mujer por excelencia, la criatura por antonomasia. Y así empezó la redención. María es una criatura aparte, más bella por sí sola que toda la creación; el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras, la tierra no es digna de servirle de peana, ni de alfombrar con los paños de brocado; su blancura excede a la nieve que se cuaja en las montañas; su esplendor, el esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima, porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la mujer se adelanta y le deslustra y le vence, porque María tiene nombres más dulces y atributos más altos; los serafines componen su corte, los cielos la llaman Reina; los hombres, la llaman Señora; nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió, sin pecado. Ved ahí, señores la mujer; ved ahí la mujer; porque Dios en María las ha santificado a todas: a las vírgenes, porque ella fue Virgen, a las esposas, porque ella fue Esposa; a las viudas, porque ella fue Viuda; a las hijas porque ella fue Hija; a las madres, porque ella también fue Madre.

El corazón simboliza a la mujer; la cabeza, al varón. Este se dirige a un mundo que tiene que conquistar o convertir -ha de investigar, generalizar y comprender lo abstracto-, y emplea para ello sus dotes críticas, que son sus armas. La mujer, ligada a las cosas reales, tiene sus facultades enriquecidas por permeabilidad y sabe fiarse de su corazón, interpretado como llave del conocimiento, por tanto no procederá de la reflexión y el cálculo, sino de los hechos contemplados y vividos. Por eso puede observar que el hombre aprende con mayor rigor lo que se le enseña, pero si nada se le enseña, nada aprende, en tanto que ella puede saber mucho sin que nadie se le haya enseñado.

De ahí la importancia suma que para la mujer cobra el amor. Amor, palabra ambigua: mientras no es en la vida masculina sino accidental, para la mujer significa su vida misma, la razón de su vida, aquello, sin lo cual su vida aparece, según Sauvage, como "un ramillete desparado". Será el amor lo que origine la mutación más honda de su horizonte social y lo que le permita realizarse como esposa y como madre, dos modos de ser persona, mucho más íntimamente decisivos que ser esposo o, padre. La diferencia de constitución entre el hombre no es

solo física, es también metafísica, su enlace no es provocado únicamente por el deseo de la carne, sino por el ímpetu y necesidad vital de dos seres incompletos que buscan su plenitud. Queda esa herida en el costado del hombre, del costado del hombre salió la mujer, y esa herida ha afectado a los sentidos y también al espíritu, y los agita y pone en camino, mientras la imagen de Dios no sea restablecida en esa carne llagada, en ese corazón ansioso.

Más también hombre y mujer libran, a lo largo de la historia y en la intimidad de sus corazones nunca purificados de toda escoria y turbia ambición, la gran batalla que es perpetua y cotidiana, calificada por Splengler como “eterna guerra de los sexos, guerra silenciosa, atroz, sin cuartel ni merced”. Empero, la mujer tiene derecho a decir su palabra. La soltera tiene derecho a poder bastarse por si misma. La esposa tiene derecho a que se reconozca la trascendencia del amor en su vida, tan vital para ella, tan distinto, de los juegos del varón; tiene derecho a que el amor sea de verdad una union permanente y única, pues para ella supone una donación total. La mujer tiene derecho a ser ella misma, al cultivo y dignificación de su feminidad, a la integridad de su ser primitivo, completo y armonioso: tiene derecho a que no se le imponga ahora un mimetismo que forzosamente dejará en situación de inferioridad, pues no puede competir con aquello para lo cual no ha nacido ni puede sobrepasar impunemente los límites que la naturaleza le ha fijado. La mujer tiene el deber de no hacerse indigna de sus nuevos, antiguos derechos.

Para ello, la familia es la fórmula ideal, y la monogamia el estado perfecto o de meta del sexo. Los grandes cultivadores de la psicología profunda -Adler, Allers, Schwars- han defendido el grupo monogámico estable como “norma natural”, no como mera “configuración cultural” perecedera. Porque no es la cultura, la que ha traído la monogamia, sino al revés, la monogamia ha sido el fundamento y condición de la cultura. El célebre sexólogo y médico Gregorio Marañón ha probado invictamente cómo de la pareja sexual, y, por consiguiente, de la institución familiar, se alza la columna vertebral del progreso humano.

Las dos últimas guerras mundiales, las doctrinas totalitarias, la era atómica han convulsionado la faz de la humanidad; no me diréis que la

sociedad enterró el pasado, porque la civilización moderna arrastra ahora el lastre del paganismo, la corrupción que amengua el horror de las ciudades de la Pentápolis y empequeñece a Sodoma y Gomorra. Remanecieron de pronto, la brutal tiranía del macho y la astucia taimada de la hembra. Seres nacidos en la intemperie espiritual más desoladora, víctimas de la desintegración familiar. Por energía de rechazo debía brotar el movimiento feminista., dinámico de reacción. Y como todas las reacciones de esta índole, contiene postulados legítimos y reclamaciones excesivas. Se ha alzado en principio contra verdaderos abusos que secularmente vejan a la mujer. En este sentido la protesta es completamente loable y justa.

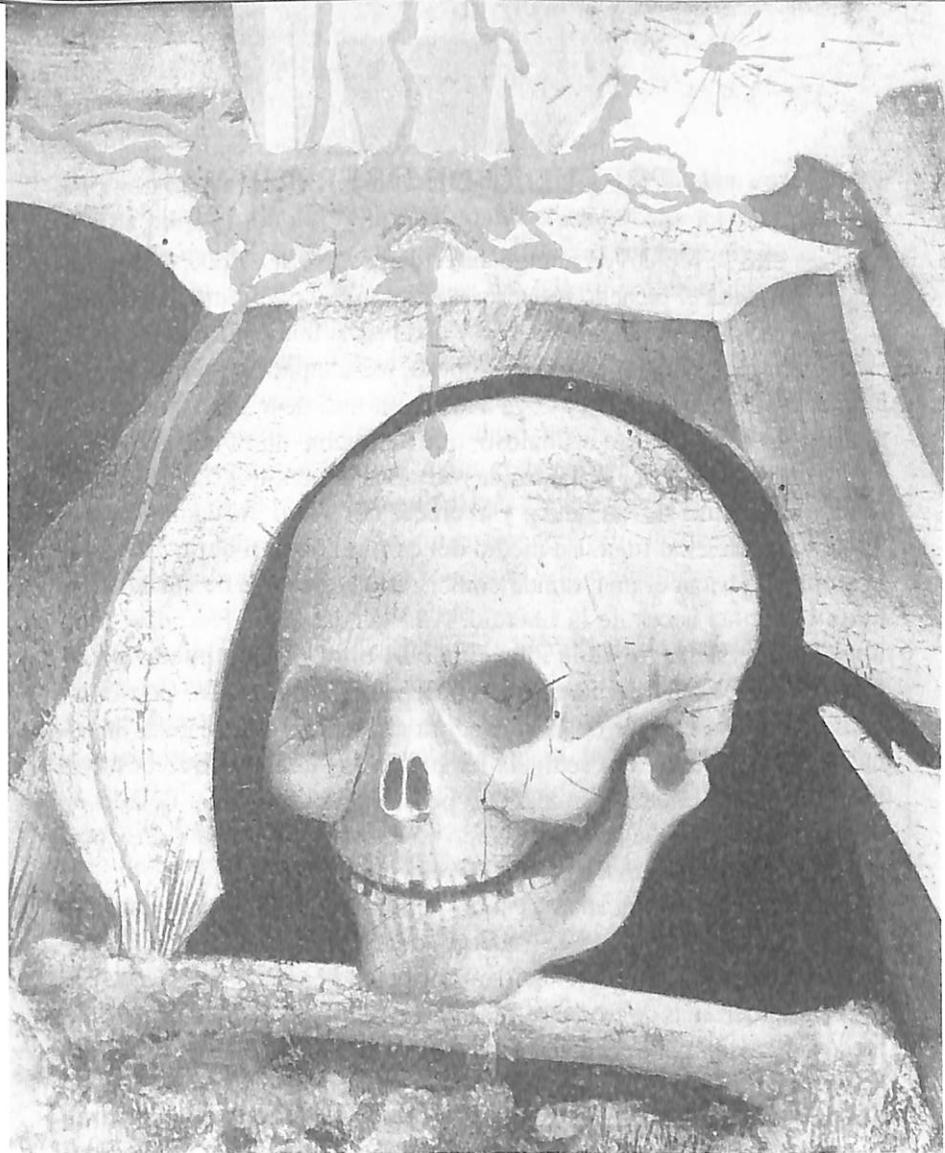
Gritaba desde los balcones de la política Alesandri Palma: “El odio nada engendra, solo el amor es fecundo”. ¿Qué es el amor? Johannes von Kastel, benedictino, del siglo XIV, dice nada menos: “El amor le saca al amante de sí y le coloca en lugar del amado, y quien ama se halla mucho más allí donde ama que no allí donde respira”. La salida de uno mismo, la elemental victoria del hombre sobre las fronteras que lo limitan y estrechan en el egoísmo. Como ejemplo práctico: la madre de familia que se ocupa de la formación religiosa de sus hijos, la mujer que se encarga de los servicios de asistencia caritativa, la que muestra fidelidad valiente para salvaguardar su dignidad o el clima moral de su medio, ejercen un verdadero apostolado creador del bien. En contraste, el odio encendió los hornos crematorios, sembró los muros de la Maginot, de la Sigfrid, de Berlín; extendió las cortinas de bambú y las de los paredones de cañadulzales... Todos albeados por los esqueletos de millones caídos bajo el parpadear de la libertad. Que aquellos que gobiernan al mundo y lo mantienen en angustiosa situación que padecemos, sean sensibles a la nostalgia de los exiliados, al desamparo de los ancianos, al hambre de los niños; que no tapien sus pechos a las tiernas, desesperadas exigencias, del amor de un hombre y una mujer.

El prototipo del amor creador es el amor materno, porque vela el crecimiento de su hijo; ese crecimiento no es sino la respuesta al amor solícito y bienhechor de la madre, y se detiene y entorpece cuando tal amor falta. Pues he aquí que todo amor funciona en esencia de arreglo a ese esquema que alcanza su mayor esplendor en la entrega materna.

También y sobre todo, el amor conyugal. El esposo y la esposa adoptan sucesivamente la actitud protectora de la madre, que defiende y abriga, y también los característicos ademanes del niño que busca calor, que pide le alejen de los miedos de la noche y de la vida. La entrega recíproca provocó aquel común nacimiento, la aparición de una nueva vida más hermosa y repleta. La voz del éxtasis del hombre junto a su esposa es el eco inmortal de la voz jubilosa de Adán cuando tiene a Eva delante: “Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne”. La mujer ha dirigido el hilo oculto de la historia al adueñarse con sus encantos del corazón del varón. “Serán dos en una misma carne”; esta potente fórmula que el Génesis utiliza para expresar la alianza estrecha del hombre y de la mujer debe poner sobre aviso de los fatales riesgos que amenazan al amor desconectado de los sentidos.

¿Cómo aborrecer la carne, este punto de contacto y colaboración entre el hombre y Dios? Mientras dure el mundo tiene el hombre que continuar concurriendo con el Creador a la imagen de Dios en nuevos seres, y encarnarlos sobre el altar del corazón de la madre, altar donde transubstancia la carne en vida y la vida en eternidad divina.

¡Señoras y señores! He fatigado vuestra atención... ¡Perdonadme!



V

ROMANZA PRIMAVERAL

## I. PRELUDIO DE OBERTURA

**N**erto se repletó de huelgo antes de desbrozar el zarzal que coronaba el picacho roquero: no hay salto sin alguna lastimadura, cada breña un tropezón y cada sima una caída; la prisa del escape le empujaba por el rodal; empero, los chaparros cedían ante la locura de la huida. Se acercaba ya a los montones de cuarzo, cuyas vertientes engrosaban el río caudaloso que se finaba en el mar.

Yertas quedaban, por distantes, las besanas de la alquería, donde rodó la mísera cuna de su niñez; y al crecer comenzó tascando el freno de la impaciente fuga. En medio del camino de la muerte, el dolor le empujaba hacia el mar, donde comenzaría el destino de ser hombre hasta beber las heces de la libertad. Allá quedaba su Herodes, relamiéndose de la sangre de la infancia de su hijo. ¿Quién puede exclamar que el chozón del natalicio enclava los destinos del porvenir? Nerto respiraba el olor de la noche, ora al romperse las estelas marinas de la espuma, ora al sentir la lengua de los canales que besaban profundamente la tierra firme. Sólo poseía aquello que ha dejado de poseer, aquello que se ha transmutado ya en pura sustancia del recuerdo, en sustancia dolorosa.

Las olas salobres lavaban el lodo ensangrentado por el camino. Odiaba el aire abrasado de la modorra del carrizal, el crujir de las peñas al estallar en astillas, al cielo que era como esmalte de horno, y a las aguas huérfanas de frescura... esa tierra enjuta, dura, que olía a cantueso sahumado por la canícula, esa tierra que fue suya, regada con lágrimas de su rencor. La estantigua de las tres colinas, la espadaña con los nidos de cigüeñas, los bahareques que encarcelaban la escuela donde el dómine domesticaba con la fusta... cárcel bastarda sembrada de tortores: El mar le llamaba sin cesar en cada ola risueña que dormía en las arenas.

Los caminos son ríos que viajan hacia el mar "que es el morir". Y entonces fue el hondón del sentimiento: oía como zumbido de colmenas plegariantes que salía de las bocas gastadas de los deudos: se ahogó "El Ratico", único ser fraternal de Nerto; la oración de despedida balbuceaba en los labios del esquilon, y sus ondas llegaban a los ribazos

del vado desde donde se zambulló el cachifo, que llegaba como pulpa molida por la furia del remolino contra el acantilado del río. Los mastines aullaban la partida, las majadas distantes rumiaban la pena, y los dientes de la hiena triste y mansa del odio mordieron las carnes de Nerto... El mar le llamaba sin cesar en cada ola que se reía con espumas, la piel de la madrugada se rasgaba en jirones de luz: Desde entonces han ido pasando soles y lunas, que consumieron al hombre vorazmente en sus días y noches, deslizándose por el tiempo, ligero, vertiginoso, evitando el atroz suplicio de pensar que las horas también huyen, y si se detuviesen equivaldría a naufragar. La vida es expiación, y en la muerte arde el último tronco. Ven, le decía el mar, y en la muerte la apuesta es a una sola carta. ¿Por qué habré sido tan desgraciado? Interrogaba Nerto al destino.

¡Nerto! Así lo llamaban, y a fe nunca vieron ojos de arrapiezo más desmedrado y enteco. Su carucha pecosa, oculta bajo el matorral de greñas ensortijadas, y curtida por el sol y los aires salobres, tenía unos ojuelos morunos que hablaban ellos solos; pero la nariz era aguzada y corva como pico de halcón; redonda y pequeña la boca, como escondrijo ratonero, y relucía toda su piel como barniz prieto y lustroso. Ágil de cuerpo y de apretada fibra, él andaba siempre descalzo y continuamente vagabundo como res bravía, cimarrona; olfateaba a leguas el menor alboroto, y en cualquier lance de ruido, lo primero que siempre se veía a los ojos era la inquieta figurilla de Nerto, con su rápido andar de aguzanieves, su invariable pantaloncillo acribillado a remiendos y corto de perneras, la camisa deshilachada y un tirante colgado.

Tan pronto aparecía en un entierro con su ropón de monaguillo, como se calaba la roja barretina de la gente de mar y avanzaba, silbando, camino del puerto. En días de campaneo, el había de empezar el repique, asomado después por la troneras de la torre su cara diminuta para gritar a los de abajo; si ocurría bautizo o boda, allí bullía, sin parar, hisopo en mano y estorbando siempre, pero sin perder nunca la ocasión de decir el "sí quiero", en lugar del novio, que le miraba cabizbajo y mohino. Su horror a la vida bajo teja le impulsaba, durante el buen tiempo, al trajín tumultuoso de la pesca y a las alegres peripecias de la bahía. Aquello era vivir: despertaba en cualquier sitio,

por lo común sobre popa de alguna lancha de las del atracadero; se restregaba los párpados con el revés de la mano; escurría un par de veces los brazuelos y, largando los cuatro trapillos que tapaban sus carnes, cata ahí a Nerto cayendo de una voltereta en el mar y aullando a todo pulmón de escalofríos, de sobresalto y de gusto. Allí era el zambullirse de trescientas maneras, el embadurnarse la piel, revolcándose en la arena; el trepar a la barca en cueros vivos; el responder a una bofetada marineril con un chillido y una carcajada; y vuelta al agua y revolcón en la arena, hasta el punto preciso de desatracar, en que puja hacia arriba el pantalón, puja hacia abajo la camisa. Allí estaba él sobre cubierta de la barquilla, caminando mar adentro por el canal, con pelambreira revuelta y goteando; terciada con gracia la barretina; llena la cara de sol y de júbilo, destacándose con airoso ademán bajo la blanca vela de corte latino.

Al surcar la angostura del puerto, Nerto temblaba de placer, y sentía palpitar sus enjutas carnes de puro regocijo; sólo el avanzar por la extensa planicie de la bahía y al doblar el cabo, le aletargaba cierta melancólica languidez; aquella su charla semejante a la del mirlo, se apagaba por grados, y al poco rato el vocinglero incansable se acurrucaba en silencio sobre el tablón de popa, empuñando el timón; y mientras los marineros aprontaban los arcos de pesca, y casi durante toda la faena, él imprimía el rumbo a la barca, apenas sin chistar palabra, y hasta con cierto gesto de tristeza: como si el aire salitroso y húmedo de aquella interminable soledad, la luz intensa que reverberaba en las aguas, ofuscando la pupila con el brillo de sus reflejos, el cabeceo monótono y más o menos brusco de la lancha, y sobre todo la perspectiva de aquel horizonte tan azulado, tan silencioso y adormecedor, enfriasen la ebullición de su sangre, y los alborotados arranques de su viveza. Ya desde muy niño acostumbra a subirse a lo más alto de montículo de San Antón, para contemplar desde allí la inmensa llanura azul, perdido el pensamiento en vagos sueños. Y si el mar se agitaba y rugía, rompiendo con furia contra los acantilados, entonces sentía el arrapiezo como si algo grande como el mar se desbordaba también dentro del pecho. Le nacía en el corazón un extraño deseo de dominar las fuerzas inmensurables del mar, luchando con ellas a bra-

zo partido. Aprendió a nadar y a remar cuando no levantaba tres cuartas del suelo y se sabía de memoria todos los términos que usan los marineros en sus oficios, con los que andaba fanfarroneando, como gallo con la cola en alto.

Pero así se desbordaba aquella vida, toda acción y todo movimiento, reducida siempre a las sensaciones que daba de sí el lance del minuto; y sin más regalos que el de hundir la rebanada de pan negro en la olla de pescado, durante el estío, o las arrebañaduras del rancho a las puertas de un cuartel, en el invierno. Toda idea que apuntaba en la picuda mollera de Nerto, de repente se transformaba en fechorías de buena o mala ley, según dijese: eso de recuerdos y reflexiones, todo rodaba por aquella cabeza de gorrión, sin dejar más rastro que el de la gota de agua desprendida de la nube.

Cuando puesto en cuclillas sobre el tablón de popa, miraba abstraído las lenguas de llamas que lamían el casco del ventrudo barreño, hervoroso y humeante; o cuando encaramado a horcajadas sobre el pretil de la muralla, y flotando a cada bocado el pico de la nariz con la muñeca, movía sin cesar aquellos pies siempre inquietos y flacuchos como palos de tambor, Nerto era, a su propio juicio, la mismísima felicidad en persona. Naturaleza semisalvaje y abierta a toda impresión, en ella había por igual las apariencias exteriores del granuja con cierta corteza de tosquedad y grosería, semejante a la costra de roña adherida a la piel como cualidades de buena ley y hasta simpáticas, que denotaban cuan a poca costa se hubiera logrado humanizar aquella fierecilla. Fácil de hacerse a todo y hasta bien hallado con su triste condición, obedecía sin resistencia al impulso de la vida, dondequiera que le empujase, se encontró solo en el mundo, poco después que le apuntaron los dientes, y en él seguía rodando, sin percatarse del viento de la suerte que le empujaba.

Llegó a saber que, recién llegados de la Costa sus padres, habitaron el chiribitil de una chabola de pésima calidad. Por entonces, cabalmente, ocurrió la última y terrible aparición de la fiebre tifoidea, y con tal encarnizamiento se cebó la peste en la hilada de madrigueras atestadas de gente que componían el barrio, que diariamente salían de él montones de cadáveres transportados por el carretón a las zanjas del cementerio. Tres

años contaría el pobre muchacho cuando quedó sin arrimo en el mundo que luego le fue prestado en un arranque de caridad por una mujerzuela de nombre Dona, muy rezadora y de corazón blanducho, a la vez que de un humor lo más arisco y bravío, de voz chillona que clavaba el grito en el cielo, de achaparrada estampa y de insoportable condición. Tan pronto para con Dios como para el diablo, ni se perdía sermón que no arrancase del pecho de Dona hondos y dolorosos suspiros, ni coyuntura en que ella no desfogara sus arrechuchos de celo por la gloria divina trocando contra las flaquezas de las demás. Los primeros meses después de hacerse cargo de Nerto, tierna de entrañas como era, trató a éste con amoroso cuidado, y hasta con blandura materna; ella zurció con cuatro guñapos el único trajecillo que vistió el pobre huérfano; y que logró arrancar a fuerza de lavoteos y frotos de espuma de penco, la capa roñosa pegada a la piel de Nerto; procuró, aunque en vano, desenmarañar la recia y espesa pelambre de aquella cabeza, siempre virgen del peine y de tijeras, y hasta le besaba a veces.

Todo esto fue cosa de breve tiempo, al fin del cual los sentimientos de cariño que fluían de lo más hondo y sano del corazón de Dona, quedaban represados allá dentro, sin conseguir taladrar el cascarón de tortuga en que estaba encerrada aquella alma llena de contrastes y mejor de lo que parecía. Desde entonces, hasta sin querer, dejaba Dona marcadas las uñas, cada vez que asía el brazo de Nerto; el cual, casi todos los días, apenas despertaba, con la punta de la lengua mojaba y lamía las conchas amoratadas de sus carnes.

Huelga decir que, a medida que arreciaron las asperezas de aquella mujer, aumentó proporcionalmente en el carácter del muchacho un horror cervical a la vida de puertas adentro, así como el apego al trato de bigarduelos del barrio, contribuyendo no poco a esto el mismo descuido y desatención de Dona, tan escrupulosa y hasta tiranuela cuando tenía delante, como olvidadiza y poco ansiosa en volviéndole la espalda.

## II. CONTRAPUNTO NIVOSO

El amor quema y enceniza el corazón; nace de la esperanza, languidece con el desprecio y fenece clavado por los puñales del egoísmo;

yace, por fin, en la humilde suavidad de las sombras de la muerte.

Repentinamente Nerto se onduló en el seto de las rosas, cuyos pétalos al marchitarse desenvainaron las espinas enroscándolas en las carnes del trashumante: y sintió el amor trémulo, ardiente y precipitado. Que acechaba como un tigre por sus cachorros alrededor de la espelunca.

A Tórtola, risueña y florida como vergel de primavera, se le descujan las trenzas a manera de rizos en el terso marfil de la frente, el cielo en la lumbre de sus ojos: la aurora espejeante sobre el domo del arco de las cejas se desmayaba, los jazmines florecían perfumados en el mármol de las manos y la albura de las perlas sonreían al abrirse las granadas de los labios; talle cincelado por la morbidez de los vientos; la mañana rompía sus cristales de luz en el alabastro de las mejillas. Tórtola tuguaba en el pomar, con el seno henchido y turgente en pleno desafío de la juventud reptante de la víbora.

Nerto salió de sí mismo con el atisbo del amor; cicatrizadas quedaron ya los estigmas de antigua pena, al florecer el alma que sellaba la consigna del dolor. Fue el renacer, la farándula que gusta a los vivos y no sirve de consuelo a los muertos, al desflecarse la eternidad del fuego: limpia el alma y andrajoso el cuerpo: con rictus desesperado sintió la lumbre que rieló el caos en la Creación.

La niña lucía en la cabeza guirnalda de flores frescas, cuajadas de lágrimas del relente, su clámide blanca se inflaba para ascender a las nubes, con el gesto altivo predicando el orgullo de la estirpe, lista a lanzar el grito asesino del halcón; y sus azules ojos vertían fuego de altivez. No podía dar un paso sin aplastar un corazón. La vanidad es acaso la más pequeña de las pasiones; pero cuando se presenta ejerce su soberanía.

El silencio cayó sobre ellos; no trinaron las alondras del balcón de Verona ni los ruisseñores de la fronda regaron la sinfonía de sus arpa-das lenguas, lejana era la cantinela de las cristalinas aguas ni en el cielo soñaban de palidez las estrellas. El horizontes sañudo sacudía el bellón de las nubes negras, se echaba de bruces la tempestad...¡Oh madre naturaleza cómo endureces la tragedia de las almas!

Ella chafó a Nerto con glacial mirada, esfumándose para deslum-

brarse en otros mundos.

Entonces, él asistió a los funerales del instante más venturoso de su vida, y destilando la ponzoña del dolor socavó, entre el corazón y la cabeza, la fosa de la pasión, mientras el pecho era batido por los estertores que preceden al ahogúo de la muerte, zumbábanle los oídos y le flaqueaban las piernas, como el ciprés que brota del sepulcro se irguió y zangoloteando tornó hacia la cuesta a hollar el espinazo agrio de las rocas.

Cuando la crisálida del amor rompe el cáliz, se torna en el más hermoso sentimiento del corazón humano. Y en amor solo es grande el que comprende la pena que se diluye en las lágrimas de la noche. ¡No importa! Una gota de felicidad ¿no es suficiente para endulzar todo el acíbar de la vida? Serena aurora después de la vorágine de un sueño.

### III. TRÉMOLO TERMINAL DE SANGRE Y NOTA

Tiznado de pies a cabeza con el polvillo de cólera, una mano en la cintura y una punta de cigarro en la otra, a saltos, como los gorriones, avanzaba Nerto, en medio día de otoño, con rumbo a esa especie de basurero o rebellín de "Campo Pelado". Allí era de ver el ademán de franco regocijo que animaba todas las facciones de su rostro; el garbo y bizarría con que aquella figurilla, tan enjuta y bullidora, cruzaba por medio de la rambla, pensando en el primer jornal de su vida, los primeros reales que iba a ganar, vaciando cartuchos. No bien traspuso la puerta de la muralla, se encaramó en el pretil del puente, tendido de una a otra parte del foso; observó que todavía platicaban ruidosamente los diversos grupos de jornaleros y minadores, gozando de la frescura de la pradera; apuró de tres chupadas lo que restaba del cigarro, y, contrayendo de rara manera los labios, lanzó de su garganta tal grito o graznido de pajarraco, que debió de repercutir en media legua a la redonda. Al punto, y como llovidos, aparecieron, de detrás del paredón frontero, dos chiquillos de igual pelaje y astrosa facha que Nerto, los cuales se le acercaron haciendo piruetas de mono, subiendo de cuando en cuando los pantalones y restregándose la frente, sudorosa y ennegrecida, con la manga de la camisa, tan sucia poco más o

menos como su cara.

Todavía faltaba casi media hora para empezar la labor; los rayos de aquel sol canicular deslumbraban con la intensa palidez de una luz blanquecina y cernida, y el soplo de la brisa era tan imperceptible, que no lograba balancear las desnudas ramas de los albaricoques ni movía siquiera las hojas, perennes de los álamos. El tono azulado y uniforme de un cielo sin límites ni mancha alguna se reflejaba en la inmensidad también azul y monótona de un mar sin olas ni rumores, sobre cuya inmóvil llanura centellaba tenue vapor, en que no se sabía si el agua se transformaba en átomos de luz, o si la luz se disolvía en las capas trémulas del agua. Todo parecía adormecido al influjo de ese calor húmedo y enervante que trae consigo el viento sudeste que los marinos llaman siroco, caldeando la atmósfera y haciendo brotar el sudor a chorros; los esteros se destacaban silenciosos, frente por frente al rebellín, cerrando por completo la vista de la bahía, descollando allá lejos, la inmensa mole de la iglesia, como el alto y enorme casco de un buque en seco, sin velamen ni casi arboladura, pues sus agujas achaparradas y su truncada torre semejaban desde allí mástiles tronchados por el medio. El movimiento y animación únicos en aquellas horas de letargo estaban del otro lado allá del foso, en la explanada de "Campo Pelado", literalmente atestada de corrillos, compuestos en su mayoría de gente joven, y de los que partían con frecuencia alegres explosiones de risotadas, chillidos y palmotazos, provocando a menudo algún dicharacho soez o interjección grosera de los atorrantes de edad que, esparcidos acá y allá, procuraban descabezar un sueño. Muy cerca, en el ángulo mismo del glacis o explanada, y tras los montones de cartuchos por vaciar, para el lucro de minadores de zahurda, municiones que antaño olvidó el crimen de la Guerra Civil, se habían acomodado entre tanto, y con cierta cautela Nerto y los dos mozalbetes, camaradas suyos. Aquél, sentado en la hierba, o, mejor, sobre los pies cruzados, repartía, en silencio y tembloroso, las cartas de su barajilla mugrienta. Su contrincante, de rodillas y bailándole los ojos, recogía y miraba de una en una las que le tocaban, colocándolas bajo la barba, en forma de abanico. El tercer compadre no jugaba: tendido a la larga y boca abajo, apoyados los codos en la hierba y el rostro en

las palmas de las manos, contemplaba, silbando, las peripecias del azar y las repetidas victorias de Nerto, quien poquito a poco iba limpiando la faltriquera del otro granujilla.

Aquel día, estaba visto, apuntaba ser de los de bola blanca para Nerto; además de los dos reales que él enviaría, mondos y lirondos, a Dona, y que le valdrían no una caricia materna, una rebanada más de pan y algunos pellizcos menos, aún le vendrían a quedar en el bolsillo casi veinte reales: lo justo para no andar recogiendo puchos en una semana. Dado el rumbo de la suerte, la partida empezada daría fin con la moneda de diez, y única del colega, su rival; pues allí se había estipulado no fiar ni un botón, y ya tenía Nerto nueve céntimos de ella, ganados bien religiosamente y sin el menor altercado. Pero, estaba escrito: sonó la campana de la plazoleta, y en seguida se deshicieron los grupos; bostezaron a toda mandíbula los que dormían, y bien pronto comenzó allí el hervoroso rumor, como de colmena alborotada. Ambos jugadores se miraron un instante y por vez primera durante aquel rato; los dos estaban pálidos, en cuanto cabía, trémulos y jadeantes. En las sienas de Nerto saltaba todo el venaje de arterias y el ritmo acelerado de sus palpitaciones; el otro tenía, sin advertirlo, los pómulos contraídos violentamente, y en mitad de la frente, de arriba abajo, el relieve de una vena negruzca e hinchada. Convinieron con los ojos jugar el último céntimo en una tirada a las chapas; cogió las monedas el perdidoso, enseñó las cartas a Nerto, blandió el brazo, alzaron ambos los ojos y... ¡Dios sabe quién ganó aquella partida!

Fue un instante, no más; pero solamente Él pudiera decir lo que ocurrió en aquel instante, en que, barriendo y deshaciendo todo, cubriendo el suelo de escombros y reduciendo toda carne a humeante pavesa, pasó por allí, en forma de llamas y humo, un rayo de la cólera divina. Él sólo sabe el modo horrible y súbito con que aquel cuadro de idilio en que palpitaban la fresca alegría de chicos y grandes, la charla viva y las risueñas escenas de la vida juvenil, se trocó de repente en plástica de trágicos horrores, en campo de dolor, de desolación y muerte, sólo Dios podrá decir cómo, al estallar la explosión con estruendo atronador y seco, semejante al estampido del rayo que revienta en la nube, cruzó por el glacis del rebellín, con la rapidez del mis-

mo relámpago, embravecido huracán de ráfagas de fuego, de llamardas voracísimas, impetuosas y rugientes, como si por la angosta boca de aquella puerta, convertida por ensalmo en cráter, lanzara un volcán todo el núcleo de su lava hervorosa y enrojecida, o como si el infierno vomitara por allí, de una recia bocanada, el mar de fuego represado en sus antros. Un segundo después...inmensa tromba de vapores denegridos y espesos ascendía lentamente por medio de aquella atmósfera tan diáfana, ensanchando allá arriba sus oleadas de humo, y proyectando su sombra sobre aquella escena sin igual en que aparecieron, en la realidad más aterradora que vieron ojos humanos, esas imágenes espantables del dolor en su grado máximo, de la vida en la plenitud de su vigor, forcejeando en ferocísima lucha con la muerte más encarnizada, repentina y espantable.

Cuerpos negruzcos y casi carbonizados, que rodaban llameando por la tierra, que huían y volvían de aquí para allá, envueltos siempre en remolinos de fuego crepitante y voraz, lanzando con furia horrorosísimas voces y aullidos salvajes, en que estallaba el grito vibrante del frenesí; figuras horribles de piel resquebrajada y chirriante, revolviéndose sin cesar, frotándose ásperamente contra el suelo, hundiendo en él los dedos con ansia loca, y quedando allí, después de violento palpitar, de terroríficas contorsiones y de duro estertor agónico, rígidas, desfiguradas y medio deshechas, troncos y miembros desparramados al azar, que humeaban entre el verdor del foso, como escombros recientes de incendio; y, acá y allí, ropas y cabelleras que ardían, carne achicharrada y muerta, nubes de humo denso, olor acre y penetrante de azufre, estallidos de cartuchos, que semejaban la descarga de recia y espesa granizada de metrallas; encima, al borde de la muralla, rostros de cabellos crispados, de ojos muy abiertos y fijos por el estupor, de labios sin voces y casi sin respiración, contemplando en el paroxismo del terror, con temblores de fiebre, con ansiedad inmensa, aquel cuadro de inefables horrores, alumbrado a ratos por nuevas bocanadas de llamas, que venían de la parte frontera, a modo de ráfagas en las que parecía que, agitándose furiosa, tornaba la muerte con redoblado empuje a arremeter de nuevo y ensañarse sin piedad en los infelices que espiraban entre los tormentos del fuego y las ansias congojosas de la

asfixia. Jamás el genio adusto y sombrío del Dante imaginó escena tan horrorosamente desoladora y trágica como la que allí alumbró el sol aquella tarde, pues nadie podrá decir qué angustias eran mayores; si las que torturaban a los de abajo en el trance de la agonía más atroz que cabe concebir, o las que helaron el ánimo y despedazaron el corazón de aquella multitud que, toda horrorizada de dolor, se asomaba por la puerta de la muralla, avanzando y retrocediendo, según prevalecía en su espíritu el impulso arrollador del sacrificio, o el temor natural ante el riesgo de la muerte.

La indecisión duró breve tiempo: lo que tardó en llegar una madre. Pronta a morir, o mejor, sin esperar ya la muerte, aquella riada de gente, engrosada por muchedumbres que de todas partes afluían a ella, se derramó por la hondonada del foso, aturdida y vertiginosa, rompiendo en gritos, pronunciando nombres a los que nadie respondía; palpando cuerpos que quemaban y cuya piel crujía secamente y se desprendía al asirlos; contemplando rostros que todos eran iguales y que todos semejabán calaveras negras; bullendo, en fin, entre la capa blanquecina formada por jirones de humo tan pesado que se arrastraba y pegaba en la tierra; como si no pudiera flotar a causa de los dolores de que estaba impregnado.

No se sabe si por impulso de su estrella o por qué, en medio de aquel campo de muerte, lo primero que venía a la vista era...lo de siempre, el mismísimo Nerto. Allí estaba el infeliz junto a un matorral de zarzamora, tan encogido y hecho un rebujo, que daba con las rótulas en la punta de la barbilla; allí estaba, reducido a la mitad de su figura, con la pérdida del bardal de greñas y con la contracción violenta de la piel y tendones, lanzando chillidos agudísimos y escarbando con los pies la hierba, en el temblor de la agonía.

Junto a la misma mata de zarzamora, expiró bien pronto. Al sacar del foso aquel cuerpo diminuto, tan violentamente retorcido, y como asado a viva llama, ¡pobre Nerto!, él fue el único que cayó al carro fúnebre sin arrancar un lamento y sin que brazos de mujer se abrieran para estrecharlo; él es el único también sobre cuya tumba no han caído más lágrimas que las que vierte compasivo el cielo, en el relente vespertino.

¡Nerto, que esta necrología sea la única losa sobre tu sepulcro, y que en la perenne mansión de las letras reviva tu alma!

¿Usted aquí Don Hermenegildo? Si. Oí el lamento que subía a los espacios: ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! El párroco lugareño tenía el andar cansino y sus cargadas espaldas parecían soportar una como florida pesadumbre de almendros seculares. Y contemplando el cadáver de su monago Nerto, pronunció la despedida en la lengua de él: “Es Dios quien me ha formado. Estuvo en todas partes y en mí, ¿Osaría mancillarlo con acciones criminales y bajas, con palabras impuras, con infames deseos? Basta la vida inquieta de mis travesuras. Puedo decirle en estos últimos momentos: ¡Oh maestro! ¡Oh padre mío! Has querido que sufra, que masque la pobreza; me has puesto en el barro, y jamás envidié la grandeza del dinero; muero hoy y te adoro al morir. Salgo de este magnífico paisaje que es la vida, dándote gracias por haberme dado el triunfo en ella y por haberme admitido como campeón en la brava pelea de cada día, y por haberme admitido a contemplar el orden maravilloso con que riges al mar, al viento y a la vida de las almas.” Luego roció con las perlas del aceite el carbón inerte del perdulario.

Todas las campanas de la lejana espadaña lloraron con lamentos de bronce a todas las víctimas. Y con voz ronca exhortó el preste: “La muerte es celada que nos acecha de continuo. Para ella no hay obstáculos y valladares cuando se presenta airada. La salud, el trabajo, el amor, la vanidad no tienen otra significación, bajo su imperio, que el verdor de los campos y el fresco rocío de los prados. Todo pasa; nada es constante; nada duradero. Ni ardidés ni dignidades escapan al régimen totalitario de la muerte”.

“El destino de la carne concupiscente y corrupta es glorioso. La gracia de la resurrección habrá que convertirla en incorruptible y honesta. La muerte será el último enemigo destruido. El vigoroso tejido del obrero se deshilla al roce de los años y va quedando a solas con sus recuerdos, que adquieren, en su imaginación, esfumados contornos de sombras espectrales, que por fin borra la parca. La muerte es preferible a la soledad, sin calor ni diálogo. Y se extingue aquel torrente de sublime armonía que brotaba espontáneamente del manantial del alma”

Miró aquel grande carbón que chisporroteaba en aristas y contemplo

en esos despojos al Secretario General de Marineros y Estibadores, hombre que con varias huelgas paralizó la industria naviera, alcanzando reivindicaciones sociales de los extorsionistas explotadores. Antaño: con su cuello robusto, su pequeña nariz y su vigorosa corpulencia era de una fealdad imponente. Su cara de jabalí atemorizaba en las barricadas. La naturaleza le dio una constitución fuerte y puso en su rostro el ímpetu de la justicia. Los trabajadores le seguían ciegamente: “¡Adiós, voz del reclamo!” musitó el párroco; “dejas en orfandad a las huestes; sin ti los cernícalos se abatirán sobre los menores de edad y la obreras con salarios de hambre. Aquí, delante de tu sagrado tizón, juro ante Dios que tomaré tu puesto y moriré en la demanda”.

A partir del juramento el responso se hizo universal. El tema se tornó trascendental y eterno. La vida sin la muerte no puede definirse. Se sabe que es la muerte, considerada desde el panorama de la vida; y los únicos capacitados para hablar de la muerte son los muertos. Es como si un ciego pintara paisajes. Escribir de la muerte implica para los vivos dar satisfacción a los anhelos de inmortalidad. En el Génesis se asegura que la muerte es el estipendio del pecado y Pablo confirma y recuerda en casi todas las epístolas. La hija de Jairo, estando en la primavera de la vida, contaba solo doce años de edad. Jesús dijo que estaba dormida, y tomándola de la mano le ordenó: “¡Muchacha levántate!” y echó a andar; nada pudo decir, porque Él se la prohibió. Y con ella el hijo de la viuda de Naim, fue devuelto a la madre cuando era conducido al sepulcro. El racionalismo, que trata de encontrar explicación a todo, hablará de muertes aparentes. Job afirma que “son breves los días del hombre, Tú tienes contados el número de sus meses, señalaste los términos de la vida, más allá de los cuales no puedes pasar”-

Miguel de Unamuno glosando en verso el monólogo de Hamlet, se preguntaba:

“¿Parto de desnacer será tu muerte?

¿Aurora de otro mundo es nuestro ocaso?



# VI

LA AMISTAD ENGENDRA  
LA NOBLEZA DE LA PATRIA

## LOS MÁRTIRES DE LA AMISTAD

Bajo la pátina venerable de los siglos, Publius Vergilius Maro ostenta vida siempre activa y de eterna actualidad. Heraldo de los nuevos tiempos, sus versos tienen lágrimas para todos sus dolores, y repican gloriosos por la victoria y la libertad. Virgilio está siempre cerca de nosotros y ligado al pensamiento moderno. Este inmenso poeta encontró el medio de conciliar las aspiraciones de su época con la eterna juventud del arte, su poesía es la hermosa flor descujada de su tallo y que nos trae el río de la vida, porque ha conservado su perfume. Es el último esqueje del gusto clásico de Grecia, desgajado del frondoso árbol de Homero. Nueva forma de portar al arte la eterna aventura del corazón humano. Brilla en él las cualidades de precisión del detalle, el don de ennoblecer las cosas pequeñas por medio de la belleza de la palabra y de las cadencias del exámetro, es un espíritu encantador de las más frescas pinturas de la vida antigua.

La poesía virgiliana ofrenda su deleite, regalo al ánimo en sus horas de solaz, y está presta siempre a brindar aquella compañía viajera y campesina que resalta Cicerón en el más bello de sus discursos. Solo así decantará en el alma aquel solícito desvelo, el amoroso panorama de la naturaleza, aquella su nueva entrañada ternura ante el dolor de los seres, aquel otear proféticamente el futuro de la dulce y entrevista bienaventuranza, tras las sombras del presente. El Profeta Pagano, plugo nombrarle Agustín de Hipona, el dálmata Jerónimo, Tertuliano y los Padres de la Iglesia del Siglo III, Dante se postró ante Virgilio y le honró como maestro y “altísimo poeta”.

En el décimo año anunciado por la Sibila de Cumas, al final de la Edad de Hierro o Reinado de Apolo, mediante la renovación universal, llegaría al universo la Edad de Oro, cantada ya por Virgilio con claros dejos precristianos. Conrado Rodríguez enúclea así la cuestión batallona: “Quedémonos con el Virgilio Cristiano que el Obispo de Hipona nos ha legado. Es el Virgilio de la historia. Nada supo claramente. Ignoraba que al hablar por boca de la Sibila para que sus versos fueran dignos de un cónsul, la Égloga IV había de ser digna de Dios”. Y Víctor Hugo en **Voix interiores**: “Il chantai presque a l’home oú Jesús

vagissant...Dorait le tour naissant du Crist mysterieux, Die voulut qu'avant tout, rayon du Fils de l'Home. La aube de Bethléem blanchit la fronte de Rome ».De las ruinas de Troya, de donde huye un puñado de valerosos supervivientes, debía nacer un pueblo rey, capaz de someter al mundo entero a su imperio soberano. Es el designio de los dioses, que ordenan esta misión a Eneas, preludio de la misión civilizadora de Roma.

Los romanos cultos numéricamente insignificantes, pero sobre todo las nuevas generaciones, se mostraban displicentes ante las reformas religiosas y morales del Emperador Augusto, pero conocían a fondo los poemas homéricos y la literatura griega y estaban dispuestos a saborear la réplica romana de la Ilíada y de la Odisea. Virgilio iba a satisfacer las exigencias de ese público selecto y ávido de creaciones literarias. El proyecto virgiliano de un poema épico nacional, que vinculase a la familia imperial con Eneas, el héroe de Troya, hijo de Venus, agradó sobremanera al emperador. Raras veces han coincidido tan bien las intenciones de un poeta, los deseos de un caudillo y las exigencias de un público.

La sensibilidad de Virgilio se muestra superior a su imaginación y su delicadeza, a su fuerza. Su naturaleza poética lo lleva más a la elegía o al lirismo que a la invención puramente épica. El alma de Virgilio no le permite hurtarse a los dolores e infortunios de sus personajes; el poeta llora con ellos. Ante la pavorosa tempestad, exclama con Eneas: "¡Oh una y mil veces felices los que tuvieron la suerte de morir a la vista de sus padres".

Virgilio, el Melibeeo de la primera Égloga, que sabe de nostalgias de su país natal, comparte la pena de su héroe ante un destierro de imposibilidades de retorno y llora con él al contemplar las gestas troyanas immortalizadas por los artistas en los muros del templo de Cartago. El poeta irrumpe con su desbordada sensibilidad, henchida de ternura, en los momentos en que en el héroe desfallece el hombre que lleva dentro; en la agonía de los jóvenes guerreros, cuya cabeza se quiebra ante la muerte, como se inclina la adormidera sobre el tallo, al paso del arado; en las ansias mortales de Mecencio o de Metabo, los duros tiranos que tiemblan por la suerte de sus hijos. En la angustia de Eneas, que

desafía impávido las armas enemigas y se acobarda ante el más ligero rumor del viento, porque ahora empuña en su mano la tierna mano de Ascanio y lleva en sus hombros a su anciano padre; en el ciervo herido que se cobija tembloroso en el regazo virginal de Silvia y desata con sus quejas la furia salvaje de Tirro y de los suyos... Innumerables son los pasajes impregnados de la dulce melancolía virgiliana.

Sobre el campo de batalla de la epopeya, sembrada de yelmos y de escudos, hollado por fieros guerreros y fogosos corceles, Virgilio hace brotar las aterciopeladas florecillas de su sensibilidad, de su amor a la naturaleza, a todo cuanto suscita en el ánimo la ternura o la melancolía. Vemos caer las hojas que mueren al soplo del viento; las golondrinas que abandonan sus nidos; el olmo que gime bajo los hachazos del leñador fornido. El rústico Virgilio mantiene su alma siempre abierta a la naturaleza. Compara la caída de Troya como el olmo que rueda desde las cumbres; la agitación de Dido con la huida de la cierva herida; los terribles gritos de Lacoonte, con los mugidos horrendos del toro que escapa herido en el sacrificio; la actividad cartaginesa, con una rumorosa colmena; la marcha de los guerreros, con el volar de las bandadas de cisnes; la granizada de flechas que cae sobre Eneas, con el pedrisco que se abate asolador sobre la campiña...

Amor por la naturaleza, simpatía, piedad por los infortunios humanos, por los menesterosos, por los desheredados de la suerte. Este es un sentimiento nuevo en la poesía romana. La ternura desbordada del alma virgiliana le permite ahondar en el corazón de Dido y describir la batalla que libra entre el amor a Eneas y el respetuoso recuerdo de Siqueo, su desesperación, su despecho de mujer menospreciada, su resignación y, por último, la serena actitud ante la muerte que contra sí misma ha maquinado.

Virgilio es el poeta del corazón, de dulce y delicada melancolía, que comprende la fragilidad de las cosas humanas. Describe la tristeza de Andrómeda, viuda y cautiva por sus esclavizadores, con gracia conmovedora. Casandra aherrojada por sus aprehensores, tiende suplicante al cielo los ojos perlados de lágrimas en inútil oración. La agonía de los guerreros muertos en la flor de su juventud hace llorar al poeta. Co-rebo expira en presencia de su prometida; Euríalo ante Niso; Palante,

a la vista de todo el ejército, que estalla en lamentos; Lauso muere para salvar la vida de su padre. Las lamentaciones de la madre de Euríalo o las de Evandro alcanzan patetismo difícil e inigualable. Y al cantar la muerte de Marcelo, Virgilio hace vibrar su corazón de ciudadano y de amigo con la más acendrada sinceridad.

Frente a la poesía serena y luminosa, pero indiferente de los griegos y la recia y viril de los romanos, Virgilio aporta la bondad, la generosidad y la fraternidad entre los hombres. Es el anuncio de la actitud cristiana ante la vida, con sus dolorosas meditaciones y su inmenso amor al prójimo. Constituye Virgilio la avanzada de las inquietudes sociales de los actuales siglos, marcados por la compresión y el respeto de las miserias sociales y por el ansia incontenible de remediarlas. Virgilio, padre de Occidente, como se le ha llamado con justicia, ha trazado un cuadro de la Antigüedad con lo que ella tiene de más bello y es el precursor de los tiempos actuales en lo que tienen de mejor y más noble, de más generoso. La **Eneida**, griega por la inspiración, romana por el espíritu que le anima, cristiana casi por el corazón, es la obra que canta el pasado añorado de Roma, su presente glorioso y el porvenir de la humanidad, henchida de ese amor universal al hombre, presentido ya por el alma dádiosa y el corazón inmenso de aquel poeta universal.

Virgilio canta en el Libro Noveno de la Eneida: Arrojadados por furiosa tempestad, los bajeles de los teucros fondean en las playas de Ausonia, donde rinden tributo las aguas del sagrado Tíber. Descienden los troyanos y dando descanso a sus mortales fatigas, acampan bajo la fronda del bosque; decide Eneas echar los cimientos de la primera morada en tierras del Rey del Lacio. Ordena cavar zanjas, la erección de los muros, terraplenes, vallas... Y surge el primer campamento de los futuros fundadores de Roma, la ínclita; envía selecta embajada al Rey Evandro que le otorga hospitalidad, alianza y hasta la mano de su hija la Princesa Lavinia.

El jefe troyano tiene que, con el grueso de sus tropas, marchar a la defensa de la ciudad de Care, en apoyo a su real aliado. Deja, empero, tácticas y órdenes precisas: de tutelar la ciudadela resistiendo cualquier ataque, pero dentro de sus muros, sin empeñar ninguna batalla campal fuera de ella.

Turno pretendiente a la mano de Lavinia y su reino, levanta ejércitos de sus fieles rútilos y armado del tridente de la furia: ataca la fortaleza, arrojará a los invasores y demolerá el campamento hasta verlo piedra sobre piedra e incendiará la naves; mas, como se encara con la desesperada resistencia de los sitiados, pone cerco a la ciudad.

Las traducciones son, según el donoso escrutinio del Cura en la librería de Don Quijote, al juzgar el Orlando Furioso dice: “que se le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de versos quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.”. Sintetizar las escenas es desportillar el canto y buscar en vano la dulzura sentimental de Virgilio. Óptima es la versión al castellano, teniendo presente la sentencia de Miguel Antonio Caro: “La prosa habla, la poesía canta”.Abramos, por fin la escena, con el pórtico de Fernando Espinosa Pólit: **Fortunati ambo!** ¡Oh! Sí felices ambos, eternamente dichosos porque han entrado con pie seguro en el templo de la gloria con la deslumbradora belleza de su eterna juventud. Sus cuerpos descansan en los llanos tornasolados de Laurento. Pero en todos los siglos, donde quiera que quede un joven enamorado del ideal y belleza, amaré aquellas intactas, frescas y delicadas flores, aquellas almas hermanas de Niso y Euríalo”.

“Niso valeroso guerrero, estaba de centinela en una de las puertas del vallado que guarnecía la primera ciudadela fundada por los argivos. Era hijo de Hitarco y moraba en el monte Ida, abundante de cetrería y caza mayor, donde ejercía las destrezas de la caza. Todo ello lo dejó por el honor de acompañar a Eneas en fundar una patria nueva. Era diestro en el lanzamiento de la jabalina y de las flechas voladoras, y siguió la fortuna incierta de Eneas. A su lado le acompañaba su amigo Euríalo, el más hermoso de todos los guerreros que vestían armadura troyana; niño aún, apenas si aparecía el incipiente bozo de la adolescencia. Los dos estaban unidos por la más sincera y tierna amistad, juntos entraban en el combate y, ahora se encontraban defendiendo la misma puerta de la muralla.”

Después de la descripción de estos dos personajes y de sus destacadas aptitudes, Virgilio les pone en escena.

“Niso rompe el silencio: son los dioses, Euríalo, que infunden en nuestros corazones este ardor patriótico, o será que cada uno se forja en dios en su ardoroso deseo. Hace tiempo que no me deja sosegar el ímpetu de combatir en alguna empresa grandiosa. Ya no me resigno a esta insoportable calma; mi alma esta ahíta de reposo y de tranquilidad.”

Se conoce que Niso tiene espíritu aventurero, inquieto, pleno de ardor y de coraje y de decisión, es capaz de concebir grandes ideales; también está dotado de prudencia y sangre fría. Y continúa en su parlamento.

“Tú puedes cerciorarte que, confiados en su seguridad, permanecen los italianos; apenas si en su campamento parpadea una que otra luz.; tundidos y lastados por el sueño y el vino están de bruces por el suelo. Reina el silencio en la vastedad del campamento. Atiende a mi reflexión y a la avidez de mi corazón: nuestros jefes y soldados juntamente demandan con ardor el retorno de Eneas, y proponen que se destaque un mensajero que dé a conocer el apremiante suceso del sitio en que nos apremian. Si se me concede lo que anhelo, para ti, la paz; y para mí, la gloria de tal mensaje; estoy seguro de encontrar al pie de esta colina un camino que me conducirá a las murallas de Palante.”

Virgilio pinta el tópico del lugar donde se desarrollará el deseo de Nisus: al pie del muro, en la noche de guardia, durante el sueño de los enemigos, en la planicie... allí está la revancha de la gloria. Se nota que Nisus conoce los alrededores, él ha cazado en esos bosques que el mira a la distancia, hacia la derecha; el conoce el camino que con seguridad le conducirá a Palante y puede franquear la líneas enemigas y les ha observado a los italianos en el festín de esta noche y que su campo está descuidado de vigilancia. Todo ello está descrito de manera viva y hasta dramática, porque él muestra por Nisus “le dice a” Euríalo al mismo tiempo, le exhibe la cosas que están a sus ojos. Todo lo pone bajo nuestra mirada y la de Euríalo, lo que le permite al poeta describir breve y sobriamente, pero en forma magistral. Este primer acto del drama está compuesto de manera excelente.

Euríalo es herido por un deseo de gloria que se eleva en su corazón. Ha escuchado de Nisus el proyecto glorioso y necesario; pero nada ha dicho de asociarle. Esto le humilla y presto protesta. Es posible que se

haya propuesto incorporarle en la misión, empero quiso que brote espontáneamente la determinación del mismo Euríalo, quien irritado, no comienza por aplaudir la bella idea de su amigo, sino demostrar que está herido, y responde:

“Por ventura ¿tú piensas alejarme y correr solo a la peligrosa empresa? Mi padre Ofertes, guerrero curtido en los combates, formó mi infancia ejercitándome en la vicisitudes de la guerra de Arcos. Y en los horrores del sitio de Troya, y tú puedes comprender, mejor que yo después que sigo en las huestes y azarosa fortuna y hados del magnífico Eneas. Dentro de mi pecho late un corazón que desprecia la muerte y que cree que la vida no se paga a bajo precio, con tal de adquirir el honor, al que tú aspiras alcanzar”.

Está claro que Euríalo ha dicho que él quiere pertenecer a la expedición por amistad con Nisus, “¿te dejaré correr solo en tales peligros?”; pero también por amor a la gloria y por la contextura espiritual de ser un joven soldado. Pero la amistad por Nisus es un fuerte motivo, aunque no es el más potente, porque siente intensamente el amor a la patria y a la gloria. “yo no creo, pues, pagar muy caro, con el valor de mi vida, el honor hacia el que tú corres”. Este es el pundonor propio de un hombre joven, del adolescente que se siente un gran hombre capaz de ambular por los peligros que los otros corren. El valor no se para en el número de los años.

Nisus no duda de la valentía de su amigo, únicamente desea arrancar la resolución muy firme de Euríalo, que él esté resuelto a persistir en su resolución viril, y que no sea un arranque caprichoso de adolescente; y profundiza más en su empeño.

“Jamás dudé de que en ti anidasen el miedo, el terror y la flaqueza de ánimo; suponer eso habría sido un crimen. Abrigo la certeza de que el gran Júpiter me retorne sano y salvo a tu lado; empero no descarto que el azar o los dioses funestos, siempre presentes en empresas de riesgo, pudieran presentarse y arrastrarme a la perdición; entonces quiero que tú sobrevivas, porque tu edad rechaza la muerte prematura, para tener en ti al amigo que saque mi cadáver del campo de batalla, pagando el rescate, y me hunda en la tierra, el último asilo de los hombres; y si aún la fortuna se mostrara cruel, que haya alguien que a la

sombra de mi ausencia rinda los ritos funerarios necesarios en la tumba. Además, yo no quisiera causar el dolor acervo a tu infortunada madre, la única entre todas que sigue valerosa el rastro de su hijo valiente, sin acogerse nunca al amparo de los muros de Asestes.”.

Euríalo replica: “No urdas inútiles pretextos, mi resolución está tomada, y no osaré cambiar una tilde. ¡Ea! Marchemos presto, y relevando la guardia, marcha al lado de Nisus hacia la esperanza de llegar a la mansión de Eneas.”. Nisus secretamente feliz de contar con la compañía de su amigo. Se dirigen al consejo ampliado de los troyanos.

“Era la noche cerrada, donde los vivientes reposan hundiendo sus fatigas y sepultando sus males en el reposo de dulces sueños. Los jefes de los teucros y la flor y nata de los guerreros mantenían consejo sobre los grandes intereses del Estado, e inquirían las acciones oportunas e inmediatas para excogitar una persona que portara la situación bélica a Eneas.; todos en la asamblea se mantenían en pie, apoyados en largas lanzas y embrazados los escudos; llegan Niso y Euríalo e impelidos de ardor piden ser admitidos y oídos sin demora, porque el tiempo apremia con su oportunidad; Ascanio acoge la impaciencia y otorga la palabra a Niso: al punto el hijo de Hítarco dice: nobles compañeros de Eneas, escuchadnos favorablemente nuestro plan y no lo juzguéis por la mocedad de sus autores.”.

Ascanio, hijo de Eneas, admite la proposición y promete en recompensa las más ricas y gloriosas prendas si ellos retornan de su cometido “Ascanio, en quien la vida comienza a aflorar intacta, incapaz de olvidar jamás tan gran servicio dice: Yo, que mi existencia tengo puesta en la vuelta de mi padre... declaro puestas en vuestra manos mi fortuna y esperanza... vuelto mi padre desaparece la tristeza. Dos copas de plata cincelada os daré, mi padre las tomó como botín en la toma de Arisba, un par de trípodes, dos talentos de oro y la cratera antigua, regalo de Dido, reina de Sidón... Además, Niso, mi padre te dará doce esclavas de extremada belleza y cautivos con armas, y sobre esto las tierras que posee el rey Labinio. En cuanto a ti, joven Euríalo, digno de todo honor, yo cuyos años están cerca de los tuyos, os doy entrada en mi alma y os abrazo y te tomo como compañero mío en todo trance. No habrá gloria que no comparta con la tuya, en paz y en guerra

pondré sobre tus hombros mi confianza”.

“Euríalo contestó: ningún día probará que yo desmerecía de tan valiente empeño; pero antes que ningún otro don, esto solo te pido: Tengo a mi madre, de la antigua estirpe del rey Príamo, y a la que por seguirme no logró retenerle ni la tierra de Ilión ni la ciudad del rey Acetes, y ahora la dejo sin que sepa este riesgo que corro y sin siquiera decirle ¡Adiós! Que la noche y tu diestra me sean testigos. No sería capaz de soportar sus lágrimas. Consuela tú a la desventurada y ampárala si queda abandonada. Deja que me lleva esta esperanza puesta en ti., y afrontaré animoso cualquier trance”.

“Se conmueve el corazón de los dardánidas que sueltan lágrimas, más que todos al hermoso Ascanio, le acongoja el alma la imagen de su propio amor filial, y le dice: Ten por cierto que todo será digno de tu nobleza; ella será una madre para mí, solo le faltará el nombre de Creúsa; no le espera pequeña recompensa por tal hijo. Y cualquiera que sea el resultado de tu intento, te lo juro por esta cabeza, cuanto prometo darte cuando vuelvas si tienes el favor de la fortuna, eso mismo le quedará a tu madre y a los tuyos.”. Entre el hombre y los hados se extiende el mar de lágrimas y de sangre.

Trasluce el episodio su arte de insinuación del desenlace. Un minucioso análisis llevaría a comprobar que cada nota de afianzamiento y esperanzado impulso tiene su contrapunto de premura melancolía, su sombreado diluido de tristeza. Tal la insistencia con que el poeta subraya la abnegada ternura de la madre de Euríalo, cuyo dolor halla libre cauce en el epílogo, los reiterados mensajes de Ascanio a su padre, que la brisa dispersa. No hay poesía alguna que ofrezca más conmovido equilibrio, más hondo ritmo interno de no visto paralelismo, perceptible solo a los oídos del alma.

El misticismo de Virgilio se resuelve en la simple fórmula, tan exacta y tan bella, que Dante pone en los labios de Estacio: “Después de Dios, tú fuiste el primero que me iluminaste. Tú actuaste como un hombre que marcha en la noche, llevando tras sí una luz: él no se aprovecha, pero ilumina a los que le siguen”. Añádese a esto una segunda y más notoria novedad: el lirismo que se diría la estela de afectividad que deja en pos de sí el alma virgiliana infundida en cada uno de los

personajes. No acierta a hurtarse a sus dolores e infortunios, antes toma parte directa en ellos. De ahí que de continuo transparenta sus sentimientos, resueltos ora en apóstrofes como aquel que rompe su alma a la muerte de Niso y Euríalo” “Fortunati ambo, si quid mea cármina possunt...”, ora en ese bellísimo concierto de adjetivos, no a la manera de los epítetos homéricos, fijos y tradicionales, sino reflejo de aquel aspecto que quiere subrayar a nuestros ojos en cada caso, cifra del sentimiento de su alma.

No se puede examinar la simpatía virgiliana hacia esos jóvenes, inmortalizados por el poeta, Euríalo y Niso, Lauso, Palante, cuya muerte le anega el corazón en ternura, ni el tributo que rinde a Marcelo sombreado de suprema melancolía. Porque hay en el alma de Virgilio una irrestañable vena de tristeza que fluye en llanto por el poema, reflejada en el hemistiquio inmortal por entero intraducible: “Sunta lacrimal rerun”. He aquí al poeta que ha dado una nueva forma al gusto, a las pasiones, a la sensibilidad, que ha adivinado en una hora decisiva del mundo, lo que éste amará en el porvenir.

“Niso y Euríalo ya han salido de la junta. Franquean los fosos y atravesando las sombras de la noche se encaminan al fatal campamento, donde serán primeramente la perdición de tantos. A cada paso ven cuerpos tendidos por la hierba con la ebriedad del sueño, los carros de la ribera yacen con el timón al aire, guerreros acostados entre riendas y ruedas, y por tierra la armas mojadas con jarros de vino. El hijo de Hítarco habla quedo: “Euríalo hay que obrar con mano audaz. La ocasión nos invita: esta es la senda; tú permanece en guardia y vigila todo en derredor. Cuida que ninguna patrulla nos sorprenda por la espalda. Yo despejaré el paso y abriré ancha vía”. Dice al mismo tiempo ataca con la espada al soberbio Ramnete que se había tendido en el alto de una hacina de tapices, donde roncaba a pleno pulmón. Era rey y también augur, el más querido del rey Turno, pero no pudo su arte adivinatorio salvarle de la muerte. Mata Niso junto a él a tres criados suyos que yacían por tierra arrebujados entre las armas, y después al escudero, al cochero de Remo que estaba acostado a los pies de sus caballos; cercena con su espada el cuello que estaba pendiente, le corta la cabeza y deja el tronco borbotando sangre; la tierra y el lecho humean

empapados en negros borbollones. Y deja sin vida a Lámiro y a Lamo, y a Serrano, joven de singular belleza que aquella noche había jugado hasta altas horas y yacía vencido de los excesos de Baco; dichoso él si igualando el juego lo hubiese prolongado hasta el albor del día. Como león en ayunas, le acucia el hambre ciega, Niso siembra la confusión en el aprisco repleto de ovejas y desgarrar y devora a sus débiles presas calladas de miedo y ruge arrebatado de furor”.

“Euríalo no le va a la zaga, también encendido, su fauce ensangrentada arrebatado de furor, arremete a un tropel de guerreros oscuros y entre ellos a Fado, a Herbeso, a Reto y Abráis, que ni siquiera se enteraron de su muerte, menos Reto y que presenciaba todo empavorecido y oculto tras una enorme crátera; Euríalo le entierra la espada hasta la empuñadura en pleno pecho y la retira empapada en muerte; Reto arroja a bocanadas su purpúrea vida, despidiendo olas de sangre mezcladas con vino. Euríalo prosigue enardecido su furtivo estrago y cuando iba hacia las tropas de Mesapo, donde había hogueras y corceles paciando hierba, Niso ataja esa desmedida matanza y le dice: “cesemos ya; se acerca la funesta luz del día; ya nos hemos vengado suficientemente, el camino está franco a través del enemigo”. Dejan gran copia de armas de guerreros, fabricadas en plata maciza y cráteras y vistosos tapices. Euríalo se adueña del collar de Ramnete y del tahalí guarnecido de bolas de oro... luego se pone el yelmo de Mesapo, como hecho a su medida, engalanado de plumas. Salen del campamento y toman un camino bien seguro”

En los juegos del libro V de la Eneida, el Mantuano presenta a los dos muchachos: Niso y Euríalo. Un rasgo de exquisita delicadeza subraya desde entonces la amistad, y aún anticipa en algún modo el episodio inmortal. En la carrera que ambos toman parte, Niso, raudo como el viento, adelantado a todos y cerca ya de la meta, resbala y cae de bruces en un lodazal de sangre: y en su adversa suerte, viendo que la victoria se le iba de las manos, “non tamern Euryali, no ille oblitus amorum” (no por eso se olvida de Euríalo, del amigo del alma); e incorporándose se opone al corredor que le sigue, quien cae a su vez en tierra, porque su amigo que viene en pos, consiga el honor del triunfo. Mas es en el episodio guerrero del libro IX, donde el poeta inmortaliza

za sus nombres. En él se diría revela una nueva dimensión de su alma y de su arte.; porque crea de improviso un clima donde su temperamento poético se mueve como en su elemento con la más alborozada desenvoltura. Tres notas lo distinguen: la suprema maestría con que gira la acción a los ojos del lector, la profunda penetración en el alma de sus héroes y la atmósfera de apasionado heroísmo avivada en el desenlace.

“Ya han salido. Franquean los fosos y rompiendo las sombras de la noche llegan al funesto campamento, donde serán la perdición de muchos. Casi tropiezan con los cuerpos, ebrios de sueño y tendidos sobre la hierba, los carros con el timón hacia el espacio, guerreros vencidos por el sueño, entre ruedas y riendas, y las armas entre jarros de vino. El hijo de Hítarco habla quedo: hay que obrar con mano dura y audaz en esta ocasión oportuna: aquella es la senda, estate vigilante en derredor y cuida que ninguna patrulla nos sorprenda por la espalda. Y ataca con la espada al soberbio Ramnete tendido en un rimero de tapetes donde roncaba estrepitosamente; era rey y también augur, pero su arte no le salvó de la muerte. Niso, junto a él, mata tres criados que yacían arrebujados con las armas y después al cochero y al escudero de Remo. que estaba acostado al pie de sus caballos, cercena el cuello que pendía, le corta la cabeza y deja el tronco borbotando sangre. No deja con vida ni a Lamiro ni a Lamo, ni a Serrano, de singular belleza que esa noche había jugado hasta altas horas y yacía vencido por Baco. Como león ayuno, le acucia su hambre ciega, que siembra la confusión en el aprisco repleto de ovejas, desagarrando a sus débiles presas, mudas de miedo. No menor estrago causa Euríalo, también encendido y de fauces ensangrentadas, arrebatado de furor abate a Fado, a Herbeso y Abráis que ni siquiera se percatan de su muerte, menos Reto que oculto tras una crátera velaba presenciando todo, pero aterido de miedo; al levantarse para huir, Euríalo le hunde la espada hasta la empuñadura, en pleno pecho y la retira teñida por la muerte: Reto arroja a bocanadas la purpúrea vida. Euríalo enardecido iba hacia las tropas de Mesa-po donde se extinguían las últimas hogueras y los corceles atados masticaban el forraje. Niso le ataja: cecemos ya, se acerca la funesta luz del día; ya la venganza está satisfecha, el camino está abierto a través

de los cadáveres”.

Virgilio dio una nueva forma al gusto, a las pasiones, a la sensibilidad. Él adivinó en una hora decisiva para el mundo aquello que amaría el porvenir. Él enseñó la ternura intensa, el suave y noble lenguaje. Él abrió de nuevo los anchos y claros raudales de la palabra bella. Él suscitó ecos en las almas más profundas. Su obra es un mármol casto, y sereno, sobre el que pasa la más pura luz, rica en cambiantes y matices. Le han hecho amable a todos los hombres sus pinturas de la pasión, sus acentos de piedad humana... Entre todos los poetas de la antigüedad, ninguno hay de espíritu tan moderno, tan humano, y, en cierto sentido, tan cristiano como Virgilio. Ninguno tampoco tan grato al gusto de nuestro tiempo y de nuestros espíritus... Nadie como Virgilio para iluminar con luz de su alma el espectáculo de la Naturaleza y de la vida humana como en el caso de los dos jóvenes argivos.

“Entre tanto avanzaba un escuadrón desde la ciudad latina, llevando un mensaje del rey para Turno; se espació por la llanura al mando de Volcente. Eran trescientos soldados armados con escudos, y ya se iban acercando al campamento, al mismo muro, cuando desde lejos atisban a los dos mozos que tuercen el sendero hacia la izquierda; en la sombra traslúcida de la noche el yelmo delata al imprudente Euríalo, y reverbera la lumbré de sus rayos; al advertirlo, desde el centro del escuadrón Volcente les grita: “¡Deteneos guerreros! ¿Por qué tomáis ese camino? ¿Lleváis armas? ¿Quiénes sois? ¿Adónde os dirigís? Ellos no responden, y apresuran la fuga bosque adentro y se arropan en la noche. Los jinetes se emplazan por un lado y por otro atajando los pasos conocidos y cierran con vigías las salidas. Era el bosque espacioso, erizado de jaras y jarales, de negras encinas, y de intrincada maleza, apenas si clareaba uno que otro sendero en la enmarañada cañada. La sombra de las ramas y el peso del botín embarazan a Euríalo, y el miedo ofusca el hilo del camino; asustado del súbito alboroto es apresado por el corro de jinetes que lo llevan a rastras, y a viva fuerza se resiste en vano. Niso tira para adelante y había dejado atrás al enemigo saliendo de aquellos parajes que después se llamaron albanos, tomados de Alba. Niso se detiene y torna la mirada y busca en vano a su amigo ausente: “¡Infortunado Euríalo! ¿En dónde te he dejado? ¿Por dónde iré

a buscarte retrocediendo la senda enmarañada de este bosque traidor? Vuelve hacia atrás y sigue las huellas de sus pasos y vaga silencioso entre las breñas...Oye entonces las voces de los perseguidores, y un grito rasga sus oídos y ve a Euríalo víctima del paraje, de la noche y de las manos captoras de los rútilos ¿Qué hacer? ¿Con qué refuerzos y armas lograría rescatar al joven? La resolución está tomada: se arrojará a morir en medio de los enemigos y herida tras herida buscará encontrar honrosa muerte. Al punto gira la jabalina y dirige la plegaría a la diosa guardiana del bosque, hija de Latona...El arma voladora comienza a azotar las sombras y se clava en la espalda de Sulmón y rota en pedazos el asta le atraviesa el corazón; rueda el herido por tierra y su pecho vomita río humeante de sangre, y el frío le pulsa los ijares. Miran los latinos por todo lado en busca del guerrero. Crece con esto el arrojamiento de Niso y su brazo blande un segundo dardo enviado a la altura de la oreja, silva el tiro y le traspasa de sien a sien a Tago y rompe el cerebro hendido. Ruge feroz Volcente, pero no logra ver al que arroja el arma aunque atisba por todos los lados, ni sabe contra quien descargar su furia. Mira a Euríalo y le grita: tú me vas a pagar con el hervor de tu sangre ambas muertes. Y con la espada desnuda va hacia el cautivo. Entonces, el terror enloquecido se apodera de Niso y lanza un grito; no puede permanecer en la sombra ni soportar tan gran dolor: "Contra mí, contra mí: aquí estoy yo, el culpable ¡ Volved contra mí, rútilos, las armas! Todo es culpa mía. Ese efebo ni se ha atrevido ni ha podido hacer nada. Invoco por testigos a ese cielo, a las estrellas que saben la verdad. Él no ha hecho sino amar en exceso a un amigo infortunado; dice, pero la espada impelida con fuerza atraviesa el costado del muchacho; rueda a la muerte Euríalo, su sangre va fluyendo por los hermosos miembros y el cuello desmayado se rinde sobre el pecho, como la purpúrea flor segada por la reja del arado que, al morir, languidece; o las amapolas, fatigado el tallo, inclinan la cabeza bajo el peso del fleco de la lluvia. Niso se precipita por medio de los italianos, solo busca a Volcente, no cesa hasta encontrarlo y le hunde la jabalina del pecho hasta el pulmón; pero, el enemigo en bloque se cierra en torno a aquél, le zarandean de un lado para el otro, más el no cede en su coraje, gira en abanico el rayo de su espada hasta que al fin la entierra en

la boca de un rútilo que prorrumplía gritos; y antes de morir arranca la vida a un enemigo. Acribillado de heridas se desploma sin vida sobre el cuerpo de su amigo, y halla paz en el dulce sosiego de la muerte”.

Marcelino Menéndez y Pelayo suspira: “Virgilio está dotado del don de lágrimas y de una enorme simpatía que a través de los siglos nos enternece y conmueve, como si fuera la voz eterna del sentimiento humano”.

Virgilio burila con cincel imperecedero el epitafio de sus héroes, síntesis tierna y lacrimosa que todo espíritu recita a lo largo de los siglos:

Fortunati ambo! Si quid mea carmina possunt  
Nulla dies unquam memori vos eximet aevo,  
Dun domus Aeneae Capitoli immobili saxum  
Accolet, imperium pater romanus habebit.

Exámetros lapidarios que a lo mejor se expresen así:

¡Pareja afortunada! Si algo pudiesen mis versos,  
Ningún día borrará vuestros nombres  
del recuerdo del tiempo mientras more el linaje de Eneas  
en la firme roca del Capitolio  
y siga el padre de Roma manteniendo su poder.

En la pintura de los sentimientos muestra el Marón una delicadeza y exactitud que hasta entonces ningún poeta épico había alcanzado. Este don de penetrar en los corazones y en las almas confiere a Virgilio la superioridad sobre los demás poetas y también, la supremacía de su estilo, de una finura inimitable, y la sublime armonía del exámetro latino, del que es monarca insuperable.





# VII

LA ÉGOGLA DE YAVHÉ

## I

*La piedad está en las entrañas como la ternura, a flor de labios*

## II

Mientras el Libro de los Jueces se zangolotea en turbiones de sangre y el de Los Reyes, en las cenizas de las razas y de las ciudades muertas, y cada hebreo sostiene en una mano la manquera del arado y en la otra la espada de dos filos, la historia de Ruth, de la joven y hermosa moabita, discurre en oasis plateado por la luna, en campos de labranza y de bonanza de cosechas crasas que exprimen los trojes y graneros, cuando el amor otoñal abre castamente los labios del corazón.

Cuatro páginas bíblicas de relato, las más perfectas que narra el Libro Santo, gestan la simiente del Hijo de Dios, en las escenas pastoriles del triscar y del ramoneo de los rebaños, en la noche perfumada de las espigas agavilladas y en el silencio espiritual del idilio...las mínimas imágenes de la égloga se encienden y dan pábulo al perfume santificante del amor patriarcal. El estilo es flúido y adecuado para la iniciación en la lengua hebrea, lleno de ternura e ingenuo candor. Como reflejo viviente de las costumbres domésticas, de las actividades agrícolas, administración de la justicia popular y observancia de la ley del levirato; tratadito, preciosa margarita de la literatura bíblica, respira aroma poético y fragancia patriarcal que superan a los mejores cuadros idílicos de los poetas griegos y latinos, cuanto más a los discreteos de las églogas y composiciones pastoriles de las literaturas modernas. Y dice así:

“n” Mayo, cuando face la calor,  
cuando los trigos engañan  
y están los campos en flor...”  
como canta el viejo romance castellano.

Corrían tiempos aciagos para las comarcas de Palestina. Dios hizo de

ellas un colmado canastillo, puso la verdura primaveral en sus campos, regados por los torrentes del Jordán que los fecundan; dióles la sombra de bosques seculares bajo la inmensidad del cielo azul y cristalino, y las pobló de gente laboriosa, sincera y devota de Yahvé que se contenta con poco para llenar sus horas de satisfacción y alegría. Mas, según el miserable juicio humano, fruto del dolor y la desesperanza, Dios raras veces es completo, y no parece sino que busca la aplicación de la ley de compensaciones con el fin de no labrar en el bajo mundo la plenitud de la dicha de sus pobres criaturas; y al hacer el Edén en esa bendita tierra, se reservó el derecho de afligirla, de vez en cuando, con las sequías y la horrible desesperación del hambre, para que el pueblo elegido vuelva a Él y menosprecie los ídolos de Egipto.

### III

¡La sequía!..El sembrío está en floración espléndida: brota, crece, se expande generoso, abriendo a la cosecha los corazones de ricos y pobres. Las campiñas son inmensas sabanas de verdura, ya casi amarillentas con los frutos tempraneros, y el sol, una bendición del firmamento, que alegra las almas de los creyentes y gañanes... Sucede que una noche ese cielo misericordioso se pone de un azul profundo, metálico, en cuyo fondo brillan estrellas con inusitado resplandor. Vuélvese la atmósfera en diafanidad fatigante, y corre frío, un frío húmedo y enervador. Inquiétanse los braceros; los cultivadores de las viñas se enfurruñan; los aldeanos y habitantes de la ciudad alzan con angustia los ojos a las alturas y murmuran todos: ¡La helada, el rocío congelador de la noche!

Díganlo los escudriñadores de los celajes que añoran las fértiles lloviznas: no es la nevasca, porque no hay nieve sino en la cumbre del Hebrón, extraña a la vegetación aprovechable; no es el pedrisco, el granizo, porque este suele venir envuelto en ráfagas de torrenciales aguaceros, y resulta inofensivo; no es la escarcha, porque no cae una gota de mal relente, y apenas si su suave rocío vespéral humedece los campos. Es algo peor: un súbito enfriamiento de la atmósfera, la congelación circundante. Y así en una noche, los gérmenes mueren, las plantas terneci-

tas y prometedoras se agostan, se quema la savia hasta de la grama de los prados, y caen las flores de los huertos; y cuando amanece, un sol fúlgido en el firmamento sin nubes, de azul turquí, alumbraba una vasta extensión amarilla, de color de cadáver... ¡Con meses de anticipación se han perdido las cosechas! Y es lo terrible que el suceso se repita noche tras noche, en cientos de leguas de extensión; y a estos enfriamientos suele acompañar el agotamiento de los raudales que bajan de la montaña que son agua de cristal, riego, salud y vida; y paralizan las lluvias; y en la naturaleza se hace el dolor y un gran silencio de amargura.

¿Cuál es la consecuencia? El hambre de millares de infelices; la muerte del ganado; la dispersión o fallecimiento de las familias campesinas, siempre las peor libradas. Caen las gentes por docenas, por centenares, en los caminos, en los recovecos ignorados, en los apartados pesebres. El éxodo, el exilio, el arrancarse de las patrias soleras, el empeño de arrear greyes extenuadas que empiedran el camino de cadáveres...desolación, espanto castigo del Cielo.,

Pues con la sequía, la peste. Las avenidas de agua son chorros misérrimos, lodosos, sucios; la falta de primordial higiene, fea característica de las poblaciones, la multiplicación de miríadas de gérmenes patógenos; y como los aldeanos se disputan con las aves y con los animales inmundos granos verdes y raíces malsanas, no es mucho que la peste se propague de modo incontrastable.

Sequía, hambre, peste...Año terrible. ¡Qué días, y, sobre todo, que horror de noches! Sucedian los soles a los soles, en un cielo de bronce. Y quedaba el son que aterra del croar de las ranas. Y amarillez de muerte cubría como sudario el cadáver de la tierra. Sin un grano en las eras y en los áridos barbechos, el éxodo era la ventana abierta al horizonte de la muerte.

#### IV

“Y acontecía, en los días gobernados por los Jueces, que brotó esa hambre en la tierra”: Un varón de Bethlem de Judá, llamado Elimelech, con su mujer, Noemí, y sus dos hijos, estrangulados por la sequía, se exiliaron a los campos de Moab de Transjordania. Pasa el tiempo y

con él todo pasa, los mancebos se casan con mujeres moabitas, aquél muere y también sus dos hijos sin dejar progenie. Y como la patria se enraíza en el corazón, Noemí decide regresar a Bethlem de Judea, donde ya habría de haber de nuevo abundancia de pan candeal, y ultima los preparativos para retornar a la tierra de sus mocedades. La vida de los pueblos de la Palestina está en las cosechas del campo que amarillean bajo la mirada del Señor; está en las cepas enroscadas a los olmos, en la riente luz y en las fecundadoras lágrimas con que el cielo acaricia los frutos de los árboles y de las huertas. Sale Noemí del lugar de su residencia acompañada de sus dos nueras, que acaso no tenían al principio la intensión de trasladarse a Judá. Por el intenso cariño filial, las dos nueras se niegan a dejarla sola y marchan con ella, a pesar de la resistencia de ella: “Regresad, les dice besándolas, cada una a casa de vuestra madre”. Olvida de sí y pensando solo en el porvenir de las nueras, les augura, agradecida a su amor delicado y a su generosa fidelidad, la misericordia de Yahvé por medio de un segundo matrimonio. Las nueras se oponen al desinteresado deseo de Noemí, y ella reacciona ante lo que juzga decisión irreflexiva con nuevo e insistente “volveos”, apoyada no en afecto pasajero, sino en la dura realidad de la vida, que expone con cierto triste humorismo. Orfa se deja convencer: le tortura el porvenir dudoso en un país desconocido y torna las espaldas. Ruth, en cambio, persiste en su determinación: “Donde quiera que tú fueras, iré yo... Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios, mi Dios, y en la tierra que te recibiera cuando mueras, quiero yo también acostarme para siempre”. Unidas por esta profunda ternura, las dos mujeres retornan por el camino adelante y llegan a Judea “cuando se iniciaba ya la siega de la gramínia”. Los caminos son ríos y ocurre que los ríos son caminos naturales sobre los que viajan los barcos; y los caminos son los ríos que el hombre ha formado para el hombre. ¡Judea! Llanuras de Esdrelón, viejas llanuras! Ásperos montículos rebosantes de espigas que humillan los tallos hacia el surco; Bethlem de Éfrata aurora que nuncia la cercanía del Sol que será luz para la nueva historia de la humanidad, y el Oasis de Jericó cubierto de frutales y de aguas de plata que espejean las claridades de los cielos. ¡Vámonos, por el camino adelante!

## V

En la recolección las cuadrillas no dan paz a la hoz, empero la ley exigía “que los gañanes no recogiesen todas las espigas”: había que dejar caer bastantes para que las segadoras desheredadas aplacaran su miseria, con esa parte que Dios destinaba para los pobres de corazón. Ruth, soportando la pesadumbre del sol, se doblegaba hacia la besana para allegarlas y poder alimentar a la mujer que adoptó por madre; y las recoge en los rastrojos del acaudalado granjero Booz, que prende su atención en ella y explora la razón de su presencia. La historia de esa extranjera le conmueve, se allega, le habla y le convida aliviarse de su tartera; durante toda la cosecha le invita a escoger espigas de las mismas gavillas, porque Booz, se siente el misericordioso dispensador de sus bienes para sus hermanos, los menesterosos.

## VI

Cuando Noemí reconoce el nombre del virtuoso propietario, hila su proyecto: Booz ¿No es pariente suyo? ¿No se le podría recordar la ley del levirato que determina enderezar el tallo del árbol familiar, tronchado por la muerte? ¡Entonces, que se despose con Ruth! Adorna y perfuma a la muchacha, la envía a la tienda, en el troje de la era, donde Booz, bajo las lámparas frías de las estrellas de la noche, vigila y se adormila sobre la hacina. Llega Ruth y sin hacer ni ruido se desliza a los pies de él.

La noche invadía al cielo, veíanse titilar las estrellas vespertinas y el medallón plateado de la luna se esplendía en el combado pecho de la noche; Booz se incorpora: ¡Una mujer cabe a su lecho! Estremeciéndose el Patriarca, y se humilló recordando las apariciones de los ángeles, hermosos como mujeres. Y vio a Ruth modelada en carne de lirios que se rendía toda casta en su promesa de amor. Bajo su túnica de resplandores de mármol, se desnudaba la perfección de su cuerpo, cuerpo de esposa, con un poder infantil y delicioso de sentirse virgen ante sí misma, en el misterio del nuevo goce, virgen siempre en su belleza rebelada cada vez que se la mira, como la luna siempre recién desnuda cada vez que su forma

sale de la nube al azul. Ella era el centro divino de las armonías: sus brazos semejantes a los manantiales donde abreven las palomas, las horas resbalaban sobre la rosa de su boca y de su pecho, cuerpo perfumado por las flores plateadas de la luz, apenas si los suspiros de la noche exhalaban el perfume de la creación. Y Booz, humanizándose de serenidad le preguntó ¿Quién eres? Soy Ruth, tu sierva, por cuanto eres mi pariente propincuo. ¡Bendita seas tú, hija mía, que no anduviste tras mancebos! Yo haré contigo lo que tú dijeres, pues mi alma ha palpado tu virtud"... y al extasiarse en esa bella forma de ánfora viviente, lamentaba la palidez naciente de la luz del alba.

## VII

La aurora oscurece a los luceros y cuando el sol, rabadán de las pasturas, las glorificaba de luz, entre aclamaciones de los labriegos y del pueblo regocijado, Ruth es desposada con Booz. Ella es ya su esposa y hermana: huerto y fuente, todo en ella; perfecta y única; es hermosa hasta en sus pasos, en el ritmo interior de su vida, en sus delicias y en su respiración de fragancia de fruta, que es flor hecha sangre, carne y forma. Todo el amor, la castidad y la abnegación derramadas encuentran su corona de rosas, mientras los manantiales, con dulce y melancólico rumor esguazan hacia el vado; se expande el abejo de las colmenas con perfume de cera y miel y se hinchan los senos de la higuera, anunciadores de primavera.

## VIII

Del enlace de Ruth saldrá "el tronco de Jessé", como canta Isaías, que brotará flores de corolas divinales, árbol genealógico esculpido en los frisos pétreos de nuestras catedrales. El nieto de Booz será padre del Rey David; la moabita llegada a Bethlem, enlazada por amor filial, es la antepasada de María la Virgen Madre de Cristo. Todo esto es razón fortísima y demostrativa, que el amor y la historia son oropeles de la fe.

El titán de la poesía lírica, Víctor Hugo, con el universo latiéndole en el pecho, en la "Leyenda de los Siglos", cae en éxtasis y prorrumpe con

el himno universal de la paz, forjado en la noche nupcial del Patriarca, al parpadear asombradas las estrellas que velaban la dormición de Booz:

“Todo estaba en reposo en Ur y Jerimadet;  
los astros esmaltaban el cielo oscuro y profundo;  
la luna creciente, fina y clara entre esas flores  
brillaba en Occidente, y Ruth se preguntaba,

Inmóvil, abriendo a medias los ojos bajo sus velos,  
que, Dios que es segador del estío eterno,  
yéndose, habría tirado con negligencia  
aquella hoz de oro en el campo de las estrellas”

En esta égloga de Dios la sinfonía solloza añoranzas de tiempos rotos en el olvido; plange el treno sollozante de amores dormidos en la tumba del corazón; el hambre y la crasitud de las espigas se alternan en la danza de las horas... Y solo al final se asoma, como centinela de la aurora, la divina Esperanza. No se llega a contemplar la “hoz de oro en el campo de estrellas”, pero se la atisba bajo la noche que encubre la era, en cuyo piélago se engendra el destino de la real raza de David: en el mismo lapso, cuando las guerrillas nacionalistas movilizan a los Jueces, aquella noche de Bethlem abre silenciosamente las fronteras de Israel y las del mundo, las que más tarde atravesarán los Magos y el Apóstol de los Gentiles; y en la cuna de las colinas umbrías, la descendencia virginal de Ruth anunciará el himno de paz universal desde el pesebre del Infante.



# VIII

ARISTOCRACIA EN EL ARTE

**E**l espíritu humano ha de ser demócrata en Filosofía y Política, pero aristócrata en todo lo que atañe al Arte. Filosofía Política es aquella parte de la Filosofía del Derecho que estudia los sistemas y métodos que han de regular las relaciones civiles de las sociedades humanas en prosecución del fin propio de esas sociedades, que es el bienestar común y la armonía de los ciudadanos por la benevolencia y la paz, el orden en la justicia y la guarda de los derechos. Es, pues, la ciencia del gobierno. En esta materia filosófica existen varios sistemas: el monárquico, el aristocrático y el democrático, con sus respectivas ramificaciones. Entre estos sistemas, los amantes de la Democracia creen, fundados en sólidos argumentos, que el más justo, el más benéfico, el más capaz de sostener la felicidad del conglomerado social es la Democracia.

Se da el nombre de Aristocracia del Arte a la elevación, distinción, elegancia de formas y noble presentación del mismo Arte, así como decimos aristocráticos a los modales y gestos y finura en el trato y cierto aire de superioridad que aparta de lo ordinario y plebeyo. Igualmente se dan en las manifestaciones del Arte unas maneras cultas y propias del artista penetrados de la dignidad del Arte y otras maneras y formas que desdichan de la nobleza de las creaciones ideales que tienen por objeto embellecer la vida y deleitar la vista y el oído, y con ellos la mente de aquellos que consideran y contemplan las producciones de la creación de la belleza.

Sea la primera observación para la Oratoria a la que los antiguos llamaron con razón "Reina de las Artes". Parece como si el solo nombre de orador colocara ya, al que va a hablar, como en un plano de tal superioridad sobre los oyentes que les exige respeto a quienes se aprestan a escucharle, para recibir en sus mentes las ideas que van a brotar del orador, y a sentir en sus corazones las impresiones que del corazón del mismo van a difundirse para llenar los ajenos espíritus. Y este mutuo respeto que imponen las circunstancias, pide que el orador en sus ideas, en la expresión de ellas y en los modales de su presentación se muestre elevado, digno, superior a toda vulgaridad y que

dé a su oración, aun tratando asuntos sencillos y triviales y hasta dirigidos a un auditorio de modesta posición social y de exigua educación, un tono de distinción y de cultura, que haga más estimable su discurso, más apetecible aquello que se pretende arrastrar las voluntades de los que oyen.

Aun en aquellas actuaciones festivas o jocosas en que se pretende excitar la hilaridad, es preciso que el orador, si ha de estar a la altura de esta aristocracia evite cualquier idea, vocablo o ademán propios del hombre vulgar, ya que esto es una profanación del Arte, puesto que hay que demostrar que se trata verdaderos oradores aristocráticos.

Y en lo que atañe a la poesía, la expresión del ideal poético pide también formas aristocráticas. Primeramente en el buen gusto de las imágenes, tropos y figuras, y luego por la exclusión de tono prosaico en el lenguaje. Se defrauda a los derechos de la poesía, cuando se emplean vocablos no conformes con el idealismo que ha de respirar toda creación artística. En otros términos, el lenguaje poético debe ser adecuado, para no desdecir de la elegancia aristocrática del Arte, que es idealidad. Esta palabra "idealidad" encierra cuanto exige el buen gusto en el lenguaje poético. El menos perspicaz ingenio echa de ver que expresiones como estas; "hablando en general", "por lo que a mí atañe", "los obstáculos circunstantes", "la flaquezas de nuestros prójimos" y mil más, son expresiones que no tienen cabida en la poesía. Lo mismo es preciso decir de innumerables palabras: nombres vulgares se dan a muchas cosas que pasan perfectamente en la conversación familiar y en escritos de otro género que el del poético, y que en una creación de la poesía resultarían no solo prosaicas, sino ineptos y viles: sirvan de ejemplo las voces pescuezo, cogote, espinazo, patada, manotada, zapatería... por poner algunos entre cientos.

Todo el lenguaje poético ha de participar de la idealidad de la creación. Un vocablo inepto para ser idealizado no tiene lugar en la poesía. Aquel "Y sin embargo soy más feliz", resulta infeliz en extremo por esa voz "sin embargo" que no tiene nada de ideal. Otro "poeta" decla-

raba que había hallado la satisfacción cumplida de sus amores y que “definitivamente” se quedaba con el último”, y que decir de estos versos: “Por supuesto en mi mente; esta existencia que aburridamente soporto” “Su recuerdo se agarra y fortalece Aguanto apenas...”

Este poetaastro rebasa los linderos de lo prosaico y entra en el dominio de lo plebeyo, inadmisibles para cualquier aristócrata del Arte. Tampoco son aristócratas las expresiones extravagantes y remilgadas. Así como vemos que en la sociedad las personas de más elevada alcurnia y títulos nobiliarios más merecidos, suelen ser sumamente sencillas en su trato, y es esta una de las señales de auténtica aristocracia, así en la poesía: la naturalidad, la sencillez de expresión aun en las producciones de más elevado lirismo, son garantía de la más fina y culta inspiración. No es preciso apelar a Gracilazo o a Fray Luis, a Remigio Crespo Toral o Núñez de Arce, a Racine o Moliere o a Lord Byron o a Medardo Ángel Silva que florecieron cuando reinaba todavía el buen gusto heredado de los clásicos. Examiñense a los grandes poetas, y en Europa a Paul Claudel, Alarcón y Pemán, por ejemplo... ¡Qué distinción, qué nobleza de apostura, que aristocracia de modales poéticos! Un joven aficionado a la poesía leyó, hace bastantes años, mucho antes de la irrupción bárbara, unos versos en que fingía haber visto a “un Ángel del Cielo que escanciaba lágrimas carmesíes”; y otro se extasiaba ante la belleza del “dáctilo azul”. Preguntado si sabía lo que era dáctilo, contestó que él comprendía que era un concepto muy delicado de la poesía griega. ¡La risa de escarnio hay que soltar ante tales esperpentos!

Todo un Ramón del Valle Inclán, salió en su Karma, con esta estrofa:

“Yo quiero alzar mi eremitorio Latín Horaciano y grimorio En medio de un huerto latino: Bizantino”

Pasando por alto el galicismo o barbarismo de “grimorio”, se puede preguntar al Marqués de Bradomín, ¿qué latín surgió en Bizancio que

fuera como caricatura o germanía, jerigonza o jerga o “argot” (como se goza en decir el lenguaje modernista), que pueda parearse con el Latín Horaciano? El mismo autor de Karma” concluye así:

Y sea labrada de piedra  
La casa –karma– de mi clan;  
Y un día decore la yedra  
Sobre el dolmen de

### VALLE INCLÁN

Gracioso sería ver el epitafio que sobre ese dolmen se hiciera grabar en Latín Horaciano y “grimoire” bizantino, el autócrata poeta. Confesamos nuestra ignorancia en este punto; pero sí es de notar que el tal “grimoire” aunque tal vez, en otra ocasión, hubiera sido oportuno, aquí no parece en apostura académica.

¿Qué decir de lo sicalíptico (lascivo, deshonesto, pornográfico)? Sin negar la tesis de que pueda hallarse belleza artística en un objeto moralmente malo, ya que verbigracia, un himno al suicidio, pésima obra moral, puede ser estéticamente laudable, se puede decir que lo sicalíptico desdice de la aristocracia artística, de la que se trata. La razón es porque el autor de una obra literaria tiene el deber de respetar el pudor de sus lectores entre los que puede haber niñas inocentes y jovencitos que odian todo lo que puede manchar su pureza; y no es digno de un autor caballeroso ultrajar así los sentimientos delicados. Lo que no se diría ante una reunión de damas y niños, por temor de ser tenido por desvergonzado, no se lo debe estampar en un escrito, por ingenioso y delicadamente alusivo que parezca. Ante la esposa, ante la hija, no consentiría un padre digno que se dijeran esas cosas, ya que despertarían pensamientos malignos y de olor a cosa torpe. No es elegante, no es aristocrático decir a gente culta expresiones que podrían ser aplaudidas en una taberna o en esas casas cuyo nombre ignora el pudor.

Lo dicho se puede aplicar tanto a los géneros literarios llamados demostrativos, los que sin ser oratoria ni poesía están destinados a ense-

ñar deleitando, como dijo el Venusino. Todo entra en el arte literario y aunque ocupe un lugar modesto en el teatro de las creaciones estéticas, tiene también un objeto noble y elevado y capaz de producir mucho bien, como pueden provocar mucho mal si se desentienden de las normas morales que el Arte tiene derecho y el deber de señalar a cuantas obras de la palabra hablada o escrita forman parte de lo que universalmente se llama, literatura artística.

Compendiando las ideas expuestas: apodícticamente existe en las artes literarias una distinción, una cultura que aquilata la producción estética y la hace propia de las inspiraciones del literato, ya en la oratoria, ya en la poesía, ya también en los diversos modos del género meramente epidíctico o demostrativo.

Sin capacidad para emitir juicio en materia de música y de artes plásticas, se vislumbra sin embargo aquella distinción aristocracia en las obras musicales, en pinturas, esculturas, tallados, de imaginaria... que jamás pueden haber renunciado a la moral y menos reñido con la dignidad, decencia y nobleza de espíritus cultivados en el ejercicio de la realización de la belleza.



